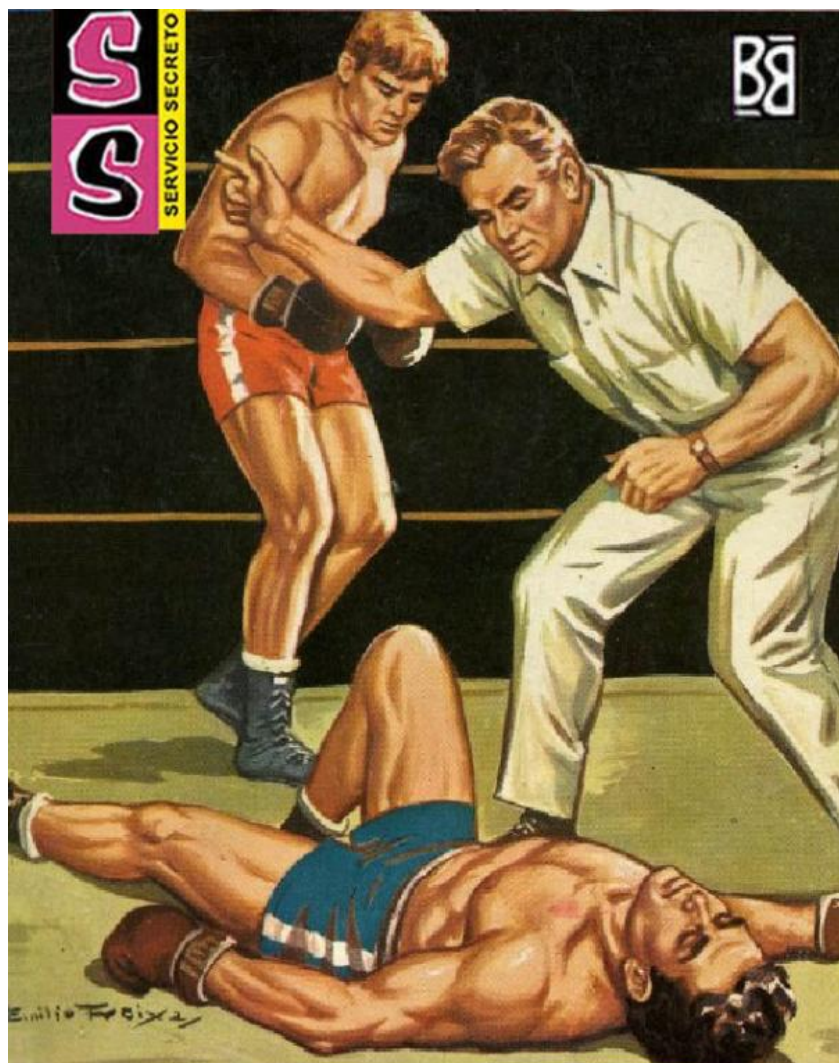


S
S

SERVICIO SECRETO

BB



CRIMEN EN EL RING

keith luger

KEITH LUGER

**CRIMEN
EN EL RING**

**1.^a EDICIÓN
NOVIEMBRE - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 21466-1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 2813/62

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

758.—Justicia para un fugitivo. 767.—La esclava de Fort Shanon.

En Colección BUFALO:

434.—La hija del senador. 451.—El terremoto de Rock Hill.

En Colección SERVICIO SECRETO:

630.—Ella pendía de una sogá.—634.—Yo morí el año pasado.

En Colección TEXAS:

303.—Cebo para un *gun-man*. 312.—Con el nombre de otro.

En Colección CALIFORNIA:

270.—El rancho mala hierba. 297.—El busca vidas.

En Colección COLORADO:

257.—El beso de la muerte. 261.—No era trigo limpio.

En Colección KANSAS:

211.—Eran cuatro lobos. 216.—Los codiciosos.

En Colección ASES DEL OESTE:

146.—Frente a frente. 166.—Un *gun-man* bueno.

En Colección BRAVO OESTE:

76.—El puma asesino. 81.—Campanas de funeral.

En Colección PUNTO ROJO:

19.—Intrusión en el asesinato. 24.—Voces que aullan.



CAPITULO PRIMERO

El hombre tropezó con la mujer que salía cargada de paquetes por una puerta.

Ella dio un grito porque estuvo a punto de caer en el suelo, pero dejó los paquetes y logró apoyarse en la pared.

El hombre no se detuvo para ayudarla ni para excusarse.

La mujer se le quedó mirando.

—Grosero —dijo.

El hombre se volvió ligeramente. Su rostro, que parecía tallado en granito, no expresó nada. Se cubría con sombrero marrón y abrigo oscuro cuyo cuello estaba levantado.

Continuó su camino como si nada hubiese ocurrido.

Miró el cielo. Empezaban a caer los primeros copos de nieve.

Ya había oscurecido. El anuncio luminoso de un cine le hizo guiños. «Cinema Apollo». Adquirió una localidad en la taquilla y se introdujo en el local despojándose del sombrero.

El acomodador encendió su linterna, y el hombre del sombrero marrón dijo rápidamente:

—Conozco mi sitio.

El acomodador apagó la linterna.

El hombre caminó por el pasillo central.

En la pantalla un actor muy famoso, vestido de cow-boy, estaba haciendo el amor a una rubia con mucha curva.

Se introdujo en la sexta fila, ninguna de cuyas butacas estaba ocupada.

No se quitó el abrigo. Metió las manos en los bolsillos y prestó atención a lo que ocurría en la pantalla.

Delante de él no había ningún espectador.

No entendía mucho del argumento de la película porque, al parecer, estaba por su mitad.

Era un lío tremendo. Sólo se distraía cuando aparecía la rubia. Entonces valía la pena mirar con atención.

—Hola, chico —dijo una voz detrás de él.

Se quedó rígido en la butaca a pesar de que contaba con que aquel hombre lo estuviese esperando. Maldita sea, ¿por qué no se acostumbraba a la idea?

—¿Qué te pasa? —oyó de nuevo la voz.

Se echó en el respaldo del asiento.

—¿Harás el negocio? —preguntó.

—Sí, pero será más difícil de lo que tú me habías dicho.

—Cuentos.

—Te aseguro que no te miento.

—Estuviste de acuerdo, muchacho. No te puedes echar atrás ahora.

—Necesitaré otros quinientos.

—No cuentes con un centavo más.

—Es muy arriesgado lo que voy a hacer Si me sorprendiesen...

—No te sorprenderá nadie. Para ti resultará fácil. ¿Por qué crees que te hemos elegido? Y ya te pagamos bien. Mil machacantes.

— ¡Y un cuerno!... Perdona, quiero decir que si se supiese sería

el final para mí.

El hombre del abrigo oscuro sonrió torciendo la boca.

— ¿Quién lo va a saber?

—Tendrán que hacerle la autopsia.

—No encontrarán nada.

—Es lo que tú dices. Hoy día la Medicina está muy adelantada. Los médicos saben lo que se hacen... No es tan fácil pegársela.

— ¿Qué médicos, estúpido? El doctorzuelo que hará la autopsia no sospechará nada. Todo parecerá natural. Además, no vine aquí para discutir contigo acerca del asunto, maldita sea. Quedamos en que solo nos veríamos para que me dijese si lo harás o no. ¿Cuál es la respuesta?

—Corriente.

—Así está bien,

—Pero quiero más dinero... Vosotros vais a ganar mucho, maldita sea. Estoy seguro de que os llenaréis la bolsa. He hecho un cálculo. Ganaréis doscientos mil o trescientos mil apostando por el muchacho flojo.

— ¿Desde cuándo sabes sumar?

—Apostáis con ventaja. Sin mí no lo podrán hacer. Kidd caerá en el segundo asalto. O'Hara cobrará diez a uno.

—Calla, cretino.

—Quiero esos quinientos para colocarlos también. Me jugaré la piel. Tengo derecho a una compensación.

— ¿Qué hiciste con los mil?

—Tuve que pagar parte de lo que debía... Al principio no comprendí lo que intentabais hacer, pero ahora sí lo sé y tengo derecho a participar en los beneficios. Si no fuese por mí no haríais nada...

—Anda, vete al hotel. No quiero que noten tu ausencia. Son ahora las cinco y media. Sólo faltan dos horas.

—Dame los quinientos.

—Condenación, no tengo aquí dinero, sólo cincuenta.

—Entonces háblale al jefe.

—Está bien, chico, le hablaré. Quizá consiga para ti esos quinientos extra...

—Ha de ser seguro. Si no me los dais...

— ¿Qué pasará? Anda, dilo.

—Era sólo una broma, pero necesito el dinero.

—Muy bien. Te lo pasaré en el Madison.

—Cuida de que sea así.

—Al jefe no le gustan las amenazas ni a mí tampoco.

— ¿Quién amenaza?

—Anda, vete.

—No se te olviden los quinientos, ¿eh?

—No, maldita sea... No se me olvidarán.

Oyó los pasos del hombre cuando se retiraba hacia el corredor.

Prestó atención a la pantalla. La rubia estaba enseñando ahora un hombro al protagonista. Ella había recibido un golpe, pero su piel estaba completamente intacta. Era bonito aquel hombro. Estaba muy sugestiva así, con la blusa semibajada. Aquellos tipos de Hollywood sabían hacer bien las cosas.

Decidió que volvería al día siguiente para ver aquella película. No, no se la perdería. El argumento era un lío de mil demonios, pero la rubia..., estaba para comérsela.

Se puso en pie.

Sintió que el corazón le daba un vuelco al ver en la fila de delante a un hombre. Estaba acostado, ocupando dos butacas.

Sólo entonces recordó que los brazos de aquellos asientos se podían plegar.

Se echó hacia adelante.

No, no podía ver la cara del hombre. Sólo el pescuezo. Era un tipo muy grande y estaba encogido.

—Oiga —le llamó.

Pero continuó inmóvil, como si durmiese.

Le puso la mano en el brazo y la dejó allí quieta. El yacente no se movió una pulgada.

Bueno, ¿por qué preocuparse? Aquel individuo no había

escuchado nada. Era como una piedra.

Salió al corredor y echó a andar rápidamente.

Al cruzar el vestíbulo vio que el portero estaba discutiendo con un joven.

—No puede entrar —decía el empleado.

—Oiga, sólo quiero ver si está aquí un amigo.

—Es un truco muy gastado.

—Le aseguro que no es un truco.

El hombre del abrigo oscuro pasó junto a ellos calándose el sombrero y, ya en la acera, se dirigió hacia la izquierda.

El joven que discutía con el portero del cine porfió:

—Sólo es cuestión de un minuto.

—¿Por qué no compra su localidad?

—Le he dicho que no me interesa la película. Sólo quiero saber si mi amigo está dentro. Saldré con él en seguida. Dígale al acomodador que me acompañe.

El acomodador ya venía hacia ellos. Era un tipo muy fuerte.

—Bueno, amigo —dijo—. Iré con usted adentro, pero no se pase de listo.

El joven sacudió la cabeza yendo hacia el patio de butacas.

—No tan aprisa —dijo el acomodador.

Caminaron por el pasillo central.

—¿Le dijo su amigo dónde se colocaría?

—En las primeras filas.

—Allí no hay nadie —dijo el acomodador—. Lo puede ver desde aquí.

—Usted no conoce a mi amigo —el joven se introdujo por la quinta fila mientras el acomodador enviaba el haz de su linterna por aquel lado—. Eh, Luke, despierta —dijo el joven sacudiendo el brazo del hombre que estaba tendido ocupando dos butacas.

El llamado Luke saltó como si le hubiesen puesto en contacto con una corriente de alto voltaje.

—Jim, ¿eres tú?

—Naturalmente, ¿quién voy a ser...?

—He tenido un sueño horrible...

—Yo también, pero lo tuve despierto.

—Siéntate y te lo explicaré.

—No podemos quedarnos aquí.

—Eh, ¿por qué no? Pagué mi localidad.

—Tú sí, pero yo no.

—Jim, eso quiere decir...

—Lo que estás pensando. No conseguí el dinero.

—Pero dijiste...

—No importa lo que dijese. Anda, salgamos de aquí y hablaremos.

Algunos espectadores de las filas de atrás sisearon para imponer silencio.

—Basta —exclamó el acomodador—. ¡Largo!

—Ya salimos —dijo Jim.

Fueron por el corredor, el grandote Luke trotando tras de su amigo, a quien precedía el acomodador.

Al salir del local, Jim pegó una palmada en el brazo del portero.

—Gracias por el favor, amigo.

—Jim, ¿qué pasó? —preguntó Luke lejos del cine.

—Me cansé de vender aspiradores a domicilio. No es profesión para nosotros. ¿Te lo dije ya? Hay otras profesiones mejores.

— ¿Dónde están?

—Ahora mismo iremos a visitar a mi amigo Milton Bannister. ¿Lo recuerdas? Es el tipo que conocimos en la estación de servicio. Gracias a nosotros se libró de que aquel fulano le rompiera las narices. Dijo que si podía hacer algo por nosotros lo haría y hasta me dio su tarjeta... Es jefe de ventas de una casa editorial.

—Pero yo no entiendo de eso.

—Vender libros es como vender aspiradores.

— ¿Tú crees?

—Naturalmente, con la ventaja de que el que vende libros está considerado socialmente mucho mejor que el que vende aspiradores.

—Lo mismo dijiste cuando vendíamos muñecos mecánicos en la esquina de la calle 45. Vender aspiradores era socialmente mucho más elevado que vender aquellos trastos.

—Eh, Luke, no seas pesimista.

— ¿Cómo quieres que no lo sea? Ibas a conseguir un adelanto del viejo Phineas. Y sólo has conseguido que nos ponga en la calle.

—Hay cosas que un hombre con dignidad no puede soportar.

— ¿El qué, por ejemplo?

—No quiero herir tu sensibilidad repitiendo las palabras que pronunció el viejo Phineas.

— ¿Y tú se las consentiste?

—Sólo le dejé pronunciar una. Luego le metí la esponja de pegar sellos en la boca.

Luke se echó a reír.

—Me hubiese gustado verlo.

Jim se detuvo.

Cada vez nevaba más intensamente. Ninguno de los dos llevaba abrigo aunque los dos vestían trajes bastante gruesos.

— ¿Cuánto dinero tienes, Luke?

—Me queda un dólar... para mi cena.

—Muy bien. Préstamelo.

— ¿Para qué lo quieres?

—Hemos de llegarnos cuanto antes a casa de Bannister. Utilizaremos el autobús. No querrás que caminemos con esta nevada.

— ¿No será mejor que los invirtamos en un par de perros calientes? —se tocó el estómago—. No he comido nada desde esta mañana.

—Bannister nos sufragará una cena de tres dólares por cabeza. Naturalmente, le sacaré un adelanto a cuenta de los libros que mañana empezaremos a vender.

Luke rezongó algo por lo bajo mientras se buscaba el dólar en el bolsillo.

Tuvieron que recorrer todavía cien yardas hasta llegar a la

parada del autobús.

Media hora más tarde penetraron en un hermoso edificio de apartamentos con un vestíbulo donde crecían plantas tropicales.

—Eh, ¿a dónde van? —ladró el encargado saliendo de su caseta.

—El señor Bannister nos espera —repuso Jim sin detenerse.

— ¡Qué voz tan desagradable! —dijo Luke—. Como la del tipo del sueño.

— ¿Qué sueño?

—El que tuve en el cine. ¿No te hablé de él...? Dos tipos hablaban y se referían a un asunto de envergadura.

Estaban subiendo ya en el ascensor.

—Bueno, olvídalo —dijo Jim.

— ¿Sabes lo que pasa, Jim? Es como si no hubiese sido un sueño —frunció el entrecejo—. En realidad, estaba sólo adormilado.

Jim oprimió el botón de la puerta 23.

Le abrió una pelirroja que se cubría con un vestido negro. Era muy hermosa y estaba provista de un busto muy desarrollado. Justo en el escote mostraba un broche donde refulgían unos cuantos brillantes.

— ¿Señor Bannister? —inquirió Jim.

—Sí, pero ahora no puede recibirles...

—Sólo será un minuto —dijo Jim. Y pasó junto a ella haciendo una señal a Luke para que lo siguiese.

—Eh, ustedes, no pueden pasar. Lárguense ahora mismo.

Luke corrió tras de su amigo.

—Eh, Jim, tiene malas pulgas...

Se encontraron en un living bien amueblado.

La pelirroja ya les había dado alcance.

—Pero, ¿quiénes son ustedes?

Jim le dirigió una sonrisa.

—Dígale a Milton que somos sus amigos Jim Canton y Luke Hope.

La joven vaciló unos instantes, pero por último se acercó a una puerta.

—Eh, Milton —abrió—. Tienes visita.

Salió por el hueco un hombre que estaba en mangas de camisa, con corbata de lazo, cabello negro, algunas hebras plateadas por las sienes. Primero miró a Luke, el cual forzó una sonrisa, y luego a Jim.

—Hola, Milton —le saludó Jim.

Bannister enarcó las cejas.

— ¿Nos conocemos?

— ¡Qué bromista! —rió Jim pegando con el codo a su compañero—. ¿Le oíste, Luke? ¿Te dije que Milton tenía sentido del humor...?

La pelirroja puso un brazo en larras.

—Bueno, Milton, ¿quiénes son este par de payasos?

—No los he visto en toda mi vida.

Luke se quedó con la boca abierta, pero Jim continuó riendo mientras se acercaba a Bannister.

—Eh, Milton, ¿quiere que se lo recuerde? Estaba un poco bebido hace cosa de un mes en la estación de servicio de Carruters. Un tipo grandullón quiso pegarle, pero Luke y yo intervinimos y lo libramos de aquello. Luego estuvimos hablando de nuestras cosas. Le dijimos que Luke y yo vendíamos aspiradores. Usted nos dijo que cuando quisiéramos tendríamos un puesto en la editorial de la que es jefe de ventas. Hasta nos dio una tarjeta... —Jim blandió la tarjeta entre dos dedos.

La pelirroja preguntó:

—Eh, ¿dónde está la estación de servicio de Carruters?

—Nena, ¿es que vas a creer a este par de vagabundos?

—Un poco más despacio —dijo Luke, y cerró los puños—. No consentimos que nos insulte. Retire eso o le deshago la cara.

—Espera, Luke —dijo Jim—. Estoy seguro de que el señor Bannister te presentará sus excusas.

La pelirroja se dirigió a Jim.

—Le he preguntado por la estación de Carruters.

—Carretera 301, a unas diez millas de Hoboken, tirando por el puente de George Washington.

Milton Bannister empezó a enrojecer las orejas.

—Violet... Si vas a creer lo que te digan estos dos desaprensivos, será mejor que presentes la demanda de divorcio.

Violet apretó los menudos dientes.

—Me prometiste que no la verías más, Milton.

—¿Quién la ha visto?

—Fuiste a Hoboken.

—Este par de fulanos no saben lo que dicen. Hasta es posible que sean chantajistas. ¿No lo has oído?

Luke miró a Jim, esperando una señal para poner sus puños en marcha, pero el joven hizo un movimiento negativo con la cabeza y luego chascó la lengua.

—Eh, oiga, Milton, no está usted muy acertado. Pone nervioso a Luke...

—¡Váyanse los dos al infierno y si no lo hacen por su propio pie llamaré a la policía!

Se movió hacia la mesa ratona donde descansaba el teléfono, pero Luke saltó muy ágilmente teniendo en cuenta su peso y le puso una mano en el tórax.

—Quédese ahí. Si da un paso más lo envío a la alfombra.

Milton volvió a enrojecer.

—Oigan, ya me han hecho perder demasiado tiempo. Mi mujer y yo habíamos proyectado presenciar el combate del Madison. ¡Lárguense de una vez!

—Contrátenos y nos marcharemos —dijo Luke.

—¿Contratarlos? ¿Para qué?

—Para vender sus libros.

—¿Lo oyes, Violet? —dijo Bannister—. Son dos chiflados. Seguro que se han escapado de un manicomio.

—También nos quiere llamar locos, ¿eh? —dijo Luke mientras le lanzaba un derechazo.

Sonó un chasquido, y Milton Bannister salió disparado a gran velocidad y se coló en la habitación de donde poco antes había salido.

La pelirroja lanzó un grito.

— ¡Milton...! ¡Dios mío! ¡Lo ha matado!

Jim se asomó por la puerta y vio a Bannister tendido en el suelo. Pero no estaba muerto. Ni siquiera había perdido el conocimiento del todo, porque se movía.

Jim se volvió haciendo una señal con la cabeza a su amigo.

—Vámonos, Luke.

Salieron del apartamento.

—Lo he echado a perder, ¿verdad, Jim? —gimió Luke.

Jim hizo pedazos la tarjeta de Bannister y arrojó los restos por encima de su hombro.

—No te preocupes, Luke. Hiciste bien en darle su merecido.

Abandonaron el edificio y echaron a andar por la acera.

Continuaban cayendo los copos de nieve, pero todavía no habían llegado a cuajar.

— ¡Eh, Jim! —gritó de pronto Luke.

— ¿Qué te pasa?

—El Madison... Es el Madison Square Garden, ¿verdad?

—Sí. Hoy celebran un buen combate. La final de un torneo que preselecciona para el campeonato de los pesos medios. Si hubiésemos tenido dinero, habríamos ido.

—Infiernos... caerá en el segundo asalto.

— ¿Te encuentras bien, Luke...? Bueno, ¿por qué lo pregunto? Es el hambre. Cuando tienes el estómago vacío te pones a delirar.

—Me refería a mi sueño.

—Muy bien. Cenaremos un poco y ya verás cómo se te pasa todo.

Al oír aquello, Luke olvidó lo que estaba diciendo.

— ¿Cenar, Jim?

—Hace quince días le gané una apuesta a Frankie Preby... Acerté en qué asalto Patterson tiraría a su rival y la apuesta fue cinco dólares contra una cena.

—Una...

Jim se rascó la patilla. Sabía lo que su amigo quería decir. Luke

comía por tres y, si entre ambos debían compartir una cena, el estómago de Luke recibiría poco refuerzo.

—No te apures, yo lo arreglaré. Anda, vamos. Tenemos suerte. El local de Franckie está cerca de aquí.

CAPITULO II

Una mitad del restaurante estaba llena y la otra vacía. Las mesas ocupadas correspondían a la parte desde donde se podía ver el aparato de TV.

El locutor estaba diciendo:

—Les recordamos a ustedes que dentro de breves minutos estableceremos conexión con el Madison Square Garden para televisar el último combate de la velada, que enfrentará a los dos púgiles Kidd Lima y Al O'Hara para señalar el rival del campeón del mundo.

Jim y Luke pasaron de largo, encaminándose a la caja, donde habían visto a Frankie.

Frankie, un tipo de nariz doblada, boxeador en la década del veinte, torció la boca al ver a Jim.

—No quiero apuestas contigo.

—Diez pavos contra veinte a que vence Kidd Lima.

—Lima es mi favorito y el de todos... ¿A quién quieres engañar?

—Está bien, muchacho. No hay trato. Vine a cobrar.

— ¿Eh?

— ¿No lo recuerdas? Te costó dos cenas el K.O. que logró la última vez Patterson, y eso no ocurrió el verano pasado.

—Una cena.

—Frankie, tú sabes que cuando yo apuesto lo hago por los dos —estaba señalando a Luke—. Es de gente honrada pagar las apuestas. ¿O quieres que vaya pregonando por ahí lo que eres?

—Está bien. Mesa número cuatro. Es la que sirve Roger.

Luke hizo una mueca.

—No quiero que nos sirva Roger. La última vez le prometí que le iba a hacer tragar la dentadura postiza.

Franckie rio.

—Roger también te tiene ganas a ti... Mesa número cuatro. Y si no estáis conformes, ya sabéis dónde está la puerta.

Jim tomó a Luke del brazo.

—Nos conformaremos.

Ocuparon la mesa número cuatro y en seguida apareció Roger. Era un tipo de casi dos metros de altura que pesaba los noventa kilos.

—Ya decía yo que olía mal —rezongó.

—Deben ser tus pies —dijo Jim.

Roger fue a ponerle el puño en la nariz, pero se interrumpió al ver que Luke se levantaba.

—Anda, Roger, vayamos a la cocina y terminemos de una vez.

—Me gusta mi empleo, y Franckie me tiene dicho que a la próxima pelea me echará de aquí...

—Hay un callejón fuera —le recordó Luke—. Con un minuto sobraré para terminar esta discusión.

Roger carraspeó.

—No quiero mancharme el traje..., pero algún día me ocuparé de ti.

—Dijo la zorra a las uvas —rio Jim—. Bueno, muchachos, haya paz... Anda, Roger, un doble servicio de todo lo que tengas —le quitó el menú del bolsillo—. Probaremos los dos primeros platos y luego los tres que componen el segundo... Si quedamos con hambre quizá repitamos... De postre, tarta helada. No escatimes la ración... y para final, un buen café.

—Quiero ver el combate de la TV. No podéis fastidiármelo.

—Pues date prisa y lo alcanzarás.

Roger hizo chascar su dentadura postiza y se marchó por la puerta que comunicaba con la cocina.

—Simpático el tipo —comentó Luke—. Un día no podré contenerme.

—No es mal chico después de todo...

Al cabo de un rato, Roger les trajo ravioles.

Luke se puso la servilleta en el cuello, a su manera, y preparóse para atacar.

Roger se inclinó sobre Jim.

— ¿Admites una apuesta para el último combate, Canton?

— ¿Quién crees que va a ganar, Roger?

—Mi favorito es Kidd Lima.

Luke habló con la boca llena de raviolos, la mirada fija en el plato.

—Diez a uno a favor de O'Hara.

— ¿Es una broma? —gruñó Roger, y vio que Luke no hacía caso—. Estoy hablando contigo, mastodonte.

— ¿Eh? —dijo Luke—. Déjame, en paz. ¿No ves que estoy comiendo?

—Has dicho diez a uno a favor de O'Hara.

— ¿De veras? Sólo estaba repitiendo lo que había oído en mi sueño —miró a Jim—. Ya sabes, el que descabecé en el cine.

—Diez a uno por O'Hara —rezongó Roger—. Valiente estúpido. —Y se marchó hacia la cocina al ver que Luke hacía gesto de levantarse.

Jim rio mientras tomaba con el tenedor una porción de raviolos.

—De modo que soñaste con el combate... Al O'Hara le ganaba a Kidd Lima. ¿Sabes una cosa, muchacho...? Kidd Lima es lo más grande que ha salido en el boxeo desde que el marqués de Queensberry estableció las normas del noble arte. Una mezcla de Joe Louis, Ray Sugar Robinson y Rocky Graciano... Al O'Hara sólo es un chambón, un tipo suertudo. Se hizo famoso porque hace tres meses tumbó a Tony Mallister en Los Ángeles. Tony Mallister estuvo agonizando dos días después del K.O. y terminó por morir. Ya sabes lo morbosa que es la gente. Eso hizo que se conociese Al O'Hara. Lo demás lo ha hecho su manager. Gastó su dinero en grande y se eligió a O'Hara como uno de los cuatro finalistas del torneo de preselección. Para colmo de suerte, ha pasado a la final sin haber boxeado con su contrincante porque el fulano sufrió un accidente de automóvil. Sólo por eso Al O'Hara ha llegado a la final. Kidd Lima le ganaría con un brazo atado a la espalda, todo el mundo lo sabe... Y tú has soñado que O'Hara vencía a Kidd...

—Ese es el caso, Jim. Que no lo soñé.

— ¿Qué?

—Quiero decir que en ningún momento recuerdo haber visto el ring. Sólo oí hablar a dos hombres... Tampoco recuerdo exactamente el diálogo, sólo frases sueltas... «Es dinero seguro...» «Ganarán de doscientos a trescientos mil dólares apostando por el muchacho flojo...» «Dígale al jefe que quiero otros quinientos...» «Me jugaré la piel... Tengo derecho a una compensación... Sin mí, ustedes no lo podrán hacer...» «Kidd caerá en el segundo asalto».

Jim había dejado de comer y miraba fijamente a su amigo.

— ¿Qué más, Luke?

—Fue un sueño raro, ¿sabes?

—Quiero que recuerdes otras frases.

— ¿Para qué?

—No preguntes y recuérdalas. Haz un esfuerzo de memoria. Te ayudaré. ¿Por dónde te llegaba la voz?

—Naturalmente, me llegaba por detrás.

— ¿Por qué naturalmente?

—Quiero decir que me pareció escuchar a los dos hombres por detrás de mí.

— ¿Cuánto tiempo estuviste durmiendo, Luke?

—Vi el programa completo y como no venías decidí echar un sueño... Esperé a que en la película del Oeste el chico se largase de la cárcel.

— ¿Cuándo ocurre eso?

—A la media hora del film.

— ¿Estos seguro de que te dormiste, Luke?

—Oye, ¿a qué viene esa pregunta?

—Dejemos eso anda, recuerda otras frases...

—Ahora recuerdo algo...

— ¿El qué?

—El tipo que hablaba más cerca le dijo al otro que le había pagado mil machacantes, pero el fulano quería más. Eso es, otros quinientos, para colocarlos a O'Hara...

Jim le puso una mano en el brazo.

—Sigue, Luke.

Luke siguió comiendo raviolos.

—No me acuerdo, pero quizá esta noche vuelva a soñar con lo mismo —sonrió—. Ya me ha ocurrido algunas veces...

Oyeron la voz de Frankie.

—Bueno, ¿hay quien apueste por O'Hara?

Los clientes del restaurante que estaban esperando frente al aparato de televisión, rieron con fuerza.

—Frankie busca un primo, pero de éstos ya no hay.

—Aquí queda uno —dijo Jim.

Todos volvieron la cabeza hacia él.

Frankie lo estaba mirando con los ojos entornados.

— ¿Decías algo, Jim?

—Yo apuesto por O'Hara.

Una docena de brazos se levantaron a un tiempo.

— ¡Diez a uno...! ¿Cuánto está dispuesto a perder?

Jim se fue a levantar, pero Luke le tomó del brazo.

—Eh, Jim, recuerda que no tienes dinero...

Jim no le hizo caso. Se puso en pie avanzando hacia donde se encontraban los apostadores.

—Veinte dólares por cada uno de ustedes.

— ¡Hecho! —exclamó un vendedor de lencería llamado Isaac.

Jim comprometió seis apuestas de veinte dólares.

Frankie había salido de la caja.

— ¿Cuánto apuestas conmigo, Jim?

—Lo mismo que con los demás. Veinte pavos.

—Cincuenta.

—No.

—Son cincuenta contra quinientos. ¿No estás tan seguro de que va a ganar O'Hara?

—Nunca se puede estar seguro de nada. Pero apostaré treinta.

—Magnífico. —Frankie le tendió la mano para sellar la apuesta.

Jim titubeó unos instantes, pero por último cambió el apretón. Fue a retirar su diestra, pero Frankie se la retuvo.

—Quiero ver el color de tu dinero, Jim.

—¿Qué?

—Te llevo la cuenta. Has apostado ciento veinte, que sumados a mis treinta hacen un total de ciento cincuenta.

—Frankie, eres muy gracioso. ¿Cómo crees que voy a apostar sin tener dinero...? Me estás ofendiendo. Era lo último que esperaba de ti. Luke y yo cobramos esta tarde quinientos a cuenta de una porción mayor, y el jefe nos dijo que quizá nos nombre agentes exclusivos en Hoboken. ¿Sabes lo que eso significa? Un diez por ciento más de comisión... Luke y yo estábamos pensando en marcharnos un par de semanas a Florida. Pero, descuida, te enviaremos una postal con tres bañistas de las que quitan la respiración.

Dio un tirón suave, desasiéndose de la mano de Frankie, y continuó hacia la mesa.

Luke ya había despachado su plato de raviolos y estaba atacando el asado.

Roger se encontraba junto a la mesa.

—¿Cuánto dinero me has reservado, Jim?

—Nada.

—Eh, ¿somos amigos o no lo somos? Si estáis repartiendo dinero gratis, ¿por qué no he de tener yo derecho a una parte? —se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes de a cinco—. Mi plata vale como la que más.

—Está bien, Roger. Diez dólares nuestros contra cien tuyos.

—Okay! —dijo Roger, y rio estremeciendo los hombros—. Siempre dije que erais un par de tontos.

Se fue otra vez a la cocina.

—Jim, ¿qué has hecho? —dijo Luke—. Creo que me está sentando mal la comida —se tocó el estómago—. Cada vez me encuentro peor... Acabas de apostar un dineral...

—Sí.

—Pero si no tenemos un centavo...

—Oye, muchacho, sólo he hecho uso de tu sueño, ¿lo recuerdas? Kidd Lima caerá en el segundo round. O'Hara lo tumbará.

—Tú has dicho que los sueños no se cumplen nunca.

Jim bajó la voz.

—Te diré una cosa, Luke, pero no lo divulgues por ahí. Lo que tú cazaste en el cine fue un soplo.

— ¿Qué?

—Ese combate de Kidd Lima está amañado. ¿Necesitas que te repita las frases que oíste en boca de esos dos hombres?

Luke se quedó pensativo y, poco a poco, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Infiernos, es cierto.

—Silencio.

—Jim, podemos ser ricos... ¿Por qué no apostar más?

Jim dijo con voz lúgubre:

—Porque todavía tengo la duda de si realmente lo soñaste.

— ¿Qué pasaría entonces?

—Son demasiados para nosotros. Probablemente nos costaría una larga permanencia en el hospital.

—Por lo que pueda pasar, comeré.

—Yo ya tuve bastante.

—El asado es estupendo, Jim.

Jim saltó de la silla cuando el locutor de la TV. anunció que el combate entre Kidd Lima y O'Hara iba a comenzar.

Los púgiles estaban cada uno en su rincón.

Sonó la campana.

Los dos rivales se saludaron en el centro tocándose el puño enguantado.

Kidd Lima tenía una formidable estampa de boxeador. Era alto, cabeza redonda, cabello corto, rizado, poderosa musculatura.

Al O'Hara era un palmo más bajo, cabeza de hombre Neanderthal, pecho ancho, piernas cortas, muslos muy gruesos.

No hacía falta ser un especialista en el deporte del boxeo para saber que Kidd Lima vencería sin ninguna dificultad a O'Hara.

Empezó a castigar a O'Hara. Lo llevó a las cuerdas, jugueteó con él, le colocó la derecha en el hígado, en el mentón...

O'Hara trató de lanzarle una tarascada y Lima la burló con elegancia, replicándole con un formidable izquierdazo al ojo derecho.

O'Hara pasó el apuro agarrándose como si fuese a bailar el vals.

El árbitro trató de separarlos, pero le costó bastante trabajo, porque O'Hara se había pegado como una lapa.

Los clientes de Franckie que habían apostado por Lima reían desaforadamente.

—Eh, Canton, ¿tiene más dinero para repartir...? —dijo alguien—. Veinte a uno.

Pero Jim movió la cabeza en sentido negativo.

Dirigió una mirada a Luke y lo vio despachando la segunda ración de tarta helada.

Kidd Lima había logrado despegarse de O'Hara y ahora lo llevaba de una parte a otra del ring jugueteando con él, golpeándole una y otra vez en la cara con la izquierda.

El locutor decía:

—Por lo que estamos viendo, señoras y caballeros, éste es el combate más absurdo que hemos presenciado en muchos años. La superioridad de Kidd Lima es tan manifiesta que todo se reduce a saber cuándo Kidd Lima se decidirá a dejar fuera de combate a O'Hara.

— ¡Dios mío! —oyó de pronto Jim a su amigo que estaba a su lado—. Eso se pone feo.

—Creo que iremos a hacer compañía a O'Hara.

— ¿Por qué me hiciste caso, Jim...? Soy un estúpido... He deseado muchas veces que me tragase la tierra, pero nunca lo deseé tanto como ahora... Te lo juro, Jim.

—Bueno, Luke, cálmate.

—Yo lo haría mejor que ese O'Hara.

—Seguro que sí, Luke, pero es a él a quien colocamos nuestro dinero.

—Un dinero inexistente.

—Silencio, Jim.

Franckie estaba cerca.

Jim le sonrió.

—Luke está tan seguro de que O'Hara va a ganar que está intentando convencerme para que haga más apuestas.

Franckie miró incrédulo a Luke.

— ¿Cuál es su índice de inteligencia, Jim? Apuesto a que no da el de un niño de pecho...

—Cierra el pico, Franckie —lo amenazó Luke.

O'Hara quería burlar los puños de Lima, pero era un gesto inútil. Kidd terminó la serie con un disparo al hígado y un gancho de izquierda.

O'Hara cayó en la lona, y Kidd Lima retrocedió sin dar lugar a que el árbitro se lo indicase.

O'Hara quedó sentado y empezó a mover la cabeza mientras el árbitro contaba.

—Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco...

En aquel momento sonó la campana dando por finalizado el primer asalto

O'Hara se puso en pie por su propio esfuerzo, pero se equivocó de rincón, y el árbitro hubo de tomarlo del brazo y llevarlo a su banqueta.

—Bueno, Jim —dijo Franckie—. ¿Por qué no empiezas a pagar? Así ganaremos un poco de tiempo.

—Todavía no fue vencido.

— ¿Insistes en que va a ganar...?

—Siempre juego sobre seguro.

Su frase arrancó nuevas carcajadas.

Cuando empezó el asalto y todas las cabezas se volvieron hacia la pantalla, Luke tomó del brazo a Jim.

—Eh, muchacho —le susurró al oído—. La puerta de atrás.

—Espera —dijo Jim.

O'Hara, después del saludo, había disparado su puño como un rayo sobre la cara de Kidd Lima y éste se tambaleaba.

O'Hara le siguió hasta las cuerdas y le descargó dos mazazos en el estómago.

Los clientes de Frankie estaban tan asombrados que guardaban silencio.

El locutor gritaba:

— ¡Es asombroso, señoras y caballeros! ¡O'Hara ha tocado con la derecha en la cara de Lima y ahora lo está sometiendo a un duro castigo!

O'Hara golpeó el hígado de Kidd Lima y éste se derrumbó como fulminado por un rayo.

El árbitro mandó a O'Hara al rincón y empezó a contar.

— ¡Jim! —gritó Luke—. ¿Estás viendo eso?

Había estallado un clamor de voces en el restaurante. Frankie y los demás tipos que habían apostado por Kidd Lima chillaban.

— ¡Eh, Kidd, levántate!

—O'Hara es sólo un payaso... ¡Ponte en pie y acaba con él!

Pero Kidd Lima no se movía, y el árbitro ya iba por la mitad de la cuenta.

—Seis..., siete..., ocho..., nueve...

Entre un clamor irresistible, el árbitro declaró fuera de combate a Kidd Lima.

O'Hara empezó a saltar en el centro del ring poniendo los brazos en alto.

— ¡Hemos ganado, Jim! —gritó Luke—. ¡Hemos ganado!

Jim se dio prisa.

— ¡Hay que cobrar, muchacho! Encárgate de las seis primeras filas... ¡Vamos, muchachos! ¡Anímense! Son sólo doscientos dólares por cabeza... Otra vez tendrán más suerte...

Los dos amigos se pusieron a cobrar.

Jim se reservó para el final a Frankie.

—Bueno, chico, a ti te costó más la fiesta..., trescientos.

— ¿Cómo lo sabías?

— ¿El qué?

— ¿Cómo sabías que O'Hara iba a ganar? Y no me digas que

O'Hara es mejor boxeador que Kidd.

—Una corazonada.

—Tú eres un vivales, Jim. No lo puedo creer. Aquí hay gato encerrado.

—Oye, Frankie, ¿por qué le buscas complicaciones a las cosas? Hay que saber perder. Afloja tus trescientos y otro día te contaré el secreto...

Franckie pagó de mala gana.

Luke y Roger sostenían una conversación al lado de la mesa.

—Vamos, Roger, escupe tu porción.

—Maldita sea, fue un golpe de suerte, ¿no lo viste? O'Hara se puso a espantar moscas y su puño tropezó por casualidad contra la cara de Kidd Lima.

— ¿Sabéis que me parece a mí? —dijo Isaac, el vendedor de lencería—. ¡Un tongo!

Franckie atrapó por el brazo a Jim.

—Eso es lo que me parece a mí... Oídmelo, amigos, apostaron un dineral. Podemos saber si ha sido un tongo.

— ¿Cómo? —preguntaron a una varios.

Jim se echó a reír.

—Franckie, pareces un chiquillo.

El dueño del restaurante entornó los ojos.

—Cada vez me da más mala espina... Vinisteis esta noche para cobrar la apuesta anterior, la de Petterson. Fue una cena, y tú bien lo sabes, pero pedisteis dos. Estoy dispuesto a jurar que no tenías un solo centavo, pero apostaste casi dos centenares de pavos por O'Hara, un tipo por quien nadie hubiese dado un níquel...

—Sólo estás diciendo barbaridades, Frank.

—Hay una forma de demostrar que apostasteis por O'Hara porque creíais que era mejor que Kidd Lima. Bastará con que nos enseñéis el dinero con que pensabais pagar.

—Sí —dijo Isaac—. Franckie tiene razón. Tenernos derecho a saber.

Luke levantó los puños.

— ¿Queréis que organicemos ahora una pelea por nuestra cuenta después de la del Madison...?

—Sería emocionante, ¿eh, muchachos? —repuso Roger, y escupióse en las manos—. Somos casi una decena contra ellos...

Jim levantó los brazos.

—Un poco de serenidad, muchachos. Estáis volviendo las cosas del revés. En nuestro país, un hombre es inocente mientras no se demuestre lo contrario, pero ahora vosotros queréis cambiar las cosas... Hemos de demostrar nuestra inocencia. Es lo más absurdo que he oído en mi vida... Lo siento, Frankie, pero no volveremos a pisar tu restaurante... Vamos, Luke.

La treta de Jim no surtió efecto porque los hombres ya habían completado el cerco. Abrieron las piernas en compás y levantaron los puños dispuestos para la pelea.

Franckie soltó una risita.

—Ya te hemos dicho lo que queremos, Jim. Enséñanos el dinero con que cubrías tus apuestas.

Jim sacó un fajo de billetes del bolsillo.

—Bueno, lo has conseguido, Franckie, aquí tienes el dinero...

—No cuela, muchacho.

— ¿Qué?

—Ese dinero es el nuestro. Vi cómo lo metías en ese bolsillo.

El televisor no había dejado de funcionar. De pronto el locutor habló tan fuerte que todos enmudecieron:

—Señoras y caballeros... Una luctuosa noticia nos llena de estupefacción y de dolor... El boxeador Kidd Lima ha sido reconocido en el ring por el doctor Stromberg, de la Federación de Boxeo, quien acaba de comunicar que Kidd Lima ha muerto...

CAPITULO III

Se había hecho un silencio impresionante en el restaurante. Todos parecían haberse convertido en estatuas.

—Conque tongo, ¿eh? —dijo Jim—: Anda, vamos, Luke.

Ahora no encontraron oposición en su camino a la puerta.

Estaba nevando con más intensidad que antes.

Jim caminó presuroso por la acera, y Luke trotó tras de él.

—Eh, Jim, ¿por qué tanta prisa? Ahora no nos persigue nadie.

—Será por poco tiempo.

— ¿Qué?

—Alejémonos cuanto antes. Recuerda que Franckie tiene un amigo en la policía.

— ¿Te refieres a Cliffton Russ, ese dinosaurio que siempre nos pone la zancadilla?

—Esta vez será algo más que la zancadilla.

Doblaron una esquina y avanzaron por un callejón solitario.

Jim se detuvo tomando a su amigo por el brazo.

—Luke, fue algo más que un tongo.

— ¿Sí?

—Un asesinato.

— ¡No, Jim! Tú estás mal de la cabeza.

—Estoy sumando dos y dos.

—Son siempre cuatro.

—No siempre. Tú no soñaste nada... Estabas adormilado en aquellas butacas y oíste a dos hombres que hablaban detrás de ti. Uno de ellos había propuesto al otro acabar con Kidd Lima.

—Jim, estás desvariando.

—Recuerda, muchacho. Kidd Lima caería en el suelo al segundo

asalto, era cosa segura, iban a ganar doscientos o trescientos mil pavos. El otro había recibido mil machacantes, pero quería otros quinientos por su trabajo...

— ¡Dios mío...! ¡La autopsia...!

—Sí, ¿eh?

—Ahora lo recuerdo como si lo estuviese oyendo otra vez... Uno de ellos, el que pedía más dinero, se refirió a que la cosa era peligrosa y que podrían descubrirlo cuando se hiciese la autopsia, pero el otro dijo que el doctor se lo tragaría... Poco más o menos fue eso... ¡Tienes razón, Jim! ¡Es un asesinato! ¡Corramos a la policía!

Luke, consecuente con sus palabras, fue a echar a correr, pero Jim lo detuvo por un brazo.

—Espera, ¿qué vas a hacer?

—Hemos de avisar a la Brigada de Homicidios.

—Supongamos que lo hacemos. ¿Sabes lo que va a pasar?

— ¿El qué? —Luke se quedó unos instantes con la boca abierta, pero finalmente la cerró moviendo la cabeza de arriba abajo—. Nos detendrán a nosotros.

—Justo. Y ya no podrán atrapar a nadie más. Tal como has contado las cosas, los fulanos se las deben haber arreglado bien para conseguir lo que deseaban sin arriesgar el pellejo... Me temo que la policía no podrá hacer nada.

Luke gimió.

—Ya sé lo que estás pensando, Jim... Lo quieres hacer tú. Quieres dedicarte a atrapar al asesino...

—Cada día estás mejor de puntería, Luke. Esta vez diste en la diana.

—No lo puedes hacer.

— ¿Por qué no?

—Será nuestra ruina... Está claro que no se trata de un solo asesino... Es toda una banda...

—Bueno, no nos hemos asustado nunca.

—Jim, por lo que más quieras, olvídale...

Jim se metió las manos en los bolsillos llenos de billetes.

—Oye, Luke, hemos ganado cerca de dos mil dólares en un rato.

—Ha sido la mejor racha de nuestra vida. ¿Por qué no dejar que siga?

—Tenemos este dinero gracias a un soplo, el soplo de un asesinato..., no podemos estarnos quietos.

—Claro que no, no podemos estarnos quietos. Existe un medio para arreglarlo.

—Sí, trabajando por nuestra cuenta.

—No, Jim. Hay otro más razonable. Hacemos una llamada anónima a la policía y asunto arreglado.

—Eso de la llamada es una buena idea. —hizo una pausa, pero agregó rápidamente, al ver que su amigo empezaba a sonreír—: Aunque prefiero visitar a Sam Flower, el corresponsal deportivo. Él nos podrá informar de muchas cosas que nos harán falta.

—Pero, Jim...

—Vamos, muchacho, hemos de darnos prisa. Iremos en un taxi. Sam estará en la redacción trabajando como un enano.



—Siempre me han gustado las brujas

Tomaron un taxi y durante el trayecto Luke no dejó de cabecear y soltar imprecaciones por lo bajo.

Entraron en la redacción del Star sin ninguna dificultad, porque Jim alegó ante el portero que iba a poner un anuncio por palabras. En lugar de quedarse en el primer piso, donde se ubicaban las oficinas de aquella sección, subieron a la segunda planta.

En una sala había no menos de cincuenta mesas ocupadas por hombres y mujeres que trabajaban febrilmente con lápiz, pluma o aporreando máquinas.

Sam Flower tenía su mesa al final, en un rincón de la pared.

Media docena de personas se movían a su alrededor.

Mientras avanzaban, los dos amigos alcanzaron a oír las palabras del periodista.

— ¡Eh, Tim! Verifica la parte de la historia de Al O'Hara que se refiere a su juventud, antes de que boxease. Existe una laguna de tres años y apuesto doble contra sencillo a que ese muchacho los pasó a la sombra. No tiene nada de particular, pero ahora será noticia... ¡Eh, Barry! Quiero una buena fotografía de Al O'Hara cazando a Tony, el de Los Ángeles. La que publicamos estaba muy borrosa... ¡Y no me digas que dónde la vas a sacar...! ¡Te pagan para eso...! ¡Señorita Hamilton, quiero que haga un par de entrevistas...! ¡Estas son las personas! ¡Doctor Haldolife, profesor de sicología de la Universidad de Hayward...! Doctor Ralph Hemerson, siquiatra del hospital de San Vicente, Montreal, una autoridad en la materia... Claro que el doctor Hemerson no está aquí... Tendrá que llamar a larga distancia... ¡Trabajen, infiernos! Las rotativas no pueden pararse y el periódico ha de estar en la calle a las cuatro...

Terminadas de dar sus órdenes, Sam se dejó caer en su sillón giratorio y se puso a escribir con un lápiz rojo mientras las personas a las que se había dirigido escapaban de allí como impulsadas por resortes.

—Hola, Sam —Jim tomó asiento en una silla e hizo una señal a Luke, indicando un sillón de cuero con unos cuantos rotos que había junto a la pared—. Descansa, muchacho.

Sam Flower levantó la cara. Parecía una fiera lista para dar un mordisco. Su labio superior estaba levantado, enseñando los

dientes, y su nariz arrugada. Observó a Jim, luego a Luke y finalmente otra vez a Jim.

— ¡Fuera!

— ¿Cuánto te debo, Sam?

— ¿Eh?

— Te he preguntado cuánto te debo.

— Cuando la última vez me sacaste tres dólares me debías ya diez.

Jim sacó el enorme fajo de billetes que llevaba en el bolsillo y lo puso todo encima. Apartó dos de a cinco, tres de a uno y los dejó caer sobre el papel en que Flower estaba escribiendo.

Sam se había quedado con la boca abierta mirando el montón de billetes.

— ¿A quién asaltaste, Jim?

Luke, desde el sillón, sacó también la mano del bolsillo exhibiendo una lechuga con tantas hojas como la de su compañero.

— Un trabajo conjunto, ¿eh? —dijo Sam—. ¿El «First National Bank», acaso?

— Es mucho más corto —Jim esbozó una sonrisa—. Al O'Hara.

— ¿Qué?

— Colocamos nuestro dinero al ganador.

El gesto de asombro de Sam fue mucho mayor que si Jim y Luke hubiesen confesado un asalto al fuerte Knox.

— ¿Tú apostaste por O'Hara...?

— Sabes que las huelo. Supuse que Kidd Lima se confiaría y que O'Hara aprovechaba su oportunidad. Es una lástima que el desenlace del combate haya sido trágico. Pero es lo que tú dices, Sam, el boxeo es el boxeo. Apenas hace un mes, Griffith se cargó al cubano Peret cuando compitieron por el título mundial de los medios. La historia del pugilismo está plagada de combates en que un contrincante resultó muerto durante la lucha.

— ¿Me lo vas a contar a mí, Jim? Estoy considerado como el mejor especialista la materia. Por eso trabajo en el Star.

— Claro que lo sé, Sam —Jim se puso en pie—. Bueno, muchacho, celebros haberte visto. Quedamos a la par, ¿eh? —Señaló

los trece dólares que le había dejado. De pronto hizo chascar los dedos—. Eh, Sam, a propósito, quisiera darle las gracias personalmente a O'Hara. ¿Dónde se hospeda?

—Hotel Occidental, habitación 308.

—Gracias.

—Pero no lo encontrarás. Ni siquiera fue allí desde el Madison. Desapareció... Su manager lo ha retirado de la circulación hasta que pase todo esto.

—Me gustaría hablar con él.

Sam rio con sarcasmo.

—Tengo unos cuantos muchachos dedicados al trabajo.

—Yo lo encontraría. Para el Star, naturalmente.

—Estupendo.

—Por cincuenta dólares.

—Todo para ti es un negocio,

— ¿Para quién no? Anda, Sam, danos algunos detalles acerca de la gente que rodea a Al O'Hara. Dentro de una hora habré olfateado el rastro.

—Estoy seguro de que no adelantarás nada.

—Apuesto los cincuenta dólares, lo que hará un total de cien si lo encuentro.

—Trato hecho —rio el periodista—. Me pagarás otros cincuenta. O'Hara va con su manager, Spencer Seeman, con su agente Louis Anders, un masajista y su entrenador. El masajista sólo sé que se llama Tex y el entrenador es Casidy Morgan. Al grupo hay que agregar un fulano que se les pegó aquí.

— ¿Quién?

—Gregory Travers, empresario de espectáculos. Parece que tiene algo que ver con el montaje del combate. También hay una rubia, una tal Betty Murray, que está por los huesos de O'Hara. Lo acompaña desde Los Ángeles. —Flower hizo una pausa—. Tengo que decirte algo. Mis muchachos ya recorrieron unos cuantos sitios, entre ellos el apartamento de Travers, y hasta ahora no dieron con ninguno de los personajes.

—Déjalo de mi cuenta.

Sam consultó su reloj.

—Te doy de plazo hasta la una de la madrugada. Si para entonces no lo has localizado me pagarás cincuenta dólares.

—Es muy poco tiempo.

—Después de la una, aunque lo encuentres, no nos interesará para nada. Queremos que el diario esté a las cinco en la calle. Hasta las cuatro me reservarán un par de columnas. Tendré material de repuesto si para entonces nadie ha encontrado a O'Hara.

Uno de los dos teléfonos que había sobre la mesa se puso a sonar.

— ¿Sí? —dijo Sam por el micro, y permaneció un rato a la escucha—. Está bien, Bill. Quiero una copia... Publicaremos el informe del forense en la primera página. —colgó y dijo—: Ya le hicieron la autopsia.

— ¿Cuál es el parte?

—Lo que se esperaba. Kidd Lima murió de un colapso.

— ¿Alguna anormalidad?

Sam frunció el ceño.

— ¿Tenía que haberla?

—Era sólo una pregunta.

Flower sacudió la cabeza.

—Infarto de miocardio. Eso fue lo que le dejó fuera de combate, no los puños de O'Hara. Maldita sea... Kidd Lima era un gran boxeador... El más grande que yo he visto sobre un cuadrilátero.

—Abur, Sam —dijo Jim, e hizo una señal a Luke para que lo siguiese.

Sam Flower se puso otra vez a dar órdenes a sus subordinados.

Apenas salieron del edificio, Luke rezongó:

—Bueno, terminó el asunto.

— ¿Tú crees?

—Ya oíste a Sam Flower. No lo asesinaron. Murió de un «hartazgo de tiocardio». Un hermano de mi padre tuvo uno cuando se afeitaba. Estuvo a punto de degollarse.

—Pero murió sólo del ataque.

—Sí, tuvo suerte. —Luke se tocó el cuello—. Es horrible morir degollado.

Jim había hecho señal a un taxi.

Cuando se metieron dentro dijo al conductor:

—«Club Bongolo».

—Estupendo, Jim —exclamó Luke—. Vamos a celebrar nuestra suerte. Pensé por un momento que querías irte a dormir al hotel... Lo que no comprendo es por qué le vas a regalar cincuenta dólares a Sam sólo por las noticias que te ha dado.

—Quiero aclararte una cosa, Luke. No me he apartado del asunto. Quiero encontrar a O'Hara y a su gente. En cuanto al «Club Bongolo», su dueño es Gregory Travers, el hombre de los espectáculos que se pegó a O'Hara en Nueva York.

Luke puso una cara triste y se echó en el respaldo del sillón.

—Y yo que creí que habías abandonado...

CAPITULO IV

Ocuparon una mesa hasta la que fueron acompañados por el maître, un tipo estirado provisto de una nariz tan larga como la de Cyrano de Bergerac.

Jim encargó dos whiskies y, antes de que se fuese el maître, agregó:

—Quisiera saludar al bueno de Gregor.

—No ha venido esta noche, señor —le contestó el narigudo.

— ¡Qué lástima! Pero, está bien, me conformaré con hacerle una llamada. He de darle la respuesta con respecto a un negocio que me propuso.

El maître carraspeó.

—Lo siento, caballero, pero ignoramos el lugar donde se pueda encontrar el señor Travers.

El tipo se largó haciendo una señal a un mozo para pasarle el pedido.

Luke estaba de buen humor observando con los ojos encandilados las espaldas desnudas que se veían por doquier, así como delanteras femeninas que tampoco estaban muy abrigadas.

—Este es el ambiente que a mí me gusta, Jim —dijo Luke—. Deberíamos venir con más frecuencia.

—Estar en uno de estos sitios y ver y no tocar es muy malo para la salud, Luke.

— ¿Por qué todas las damas han de estar acompañadas?

—Allá veo una que no lo está... Voy a trabar amistad con ella y, si las cosas marchan, te la traspaso.

Luke miró hacia donde los ojos de Jim señalaban y dio un respingo al ver a la mujer a la que su amigo se refería. Era una morena que se sentaba en un taburete del mostrador con las piernas

cruzadas, unas piernas de primera categoría. Todo lo demás estaba de acuerdo con las pantorrillas, las caderas, el busto y la cara.

—Date prisa, Jim, pero acuérdate de tu promesa.

El joven sacudió la cabeza y dirigióse resueltamente al mostrador. Por el camino se cruzó con el mozo que llevaba los whiskies. Le tomó uno y ocupó el taburete vecino al de la morena.

—Hola —dijo.

La morena entornó las pestañas y le miró con sus ojos tan negros como los instintos de un homicida.

—Hola y adiós.

— ¿Por qué tanta prisa? Acabo de llegar.

—Soy tabú.

— ¿Para quién?

—Para todos.

—Siempre me han gustado las brujas.

—Muy galante, pero le ampliaré detalles. —hizo una pausa—. Soy la chica de Travers.

—Eso me iba por la cabeza desde que la vi..., ¿sabe? La recordé, señorita Holmes. Salió muchas veces fotografiada el año pasado en las revistas de espectáculos... —la recorrió con la mirada de los pies a la cabeza—, aunque siempre la vi con menos ropa que ahora.

—Gregory me cubrió.

—Imagino que con billetes... Han debido ser muchos para apartarla de su carrera cuando iba lanzada hacia la cumbre.

— ¿No cree en el amor?

— ¿Usted enamorada de ese tiburón...? No me lo creería ni aunque me lo jurase sobre la tumba de su abuela.

— ¿Sabe lo que opine de usted, señor...?

—Canton, Jim Canton.

—Será mejor que no se lo diga.

—Ande, atrévase. Sólo me enfado cuando hablo con la policía.

—Usted es un caradura —sonrió ella.

—Bravo, empezamos a entendernos, Susan.

—Dejémoslo en el prólogo.

—Ya estoy en el capítulo primero y me gusta...

—Hay dos tipos que no le quitan el ojo de encima.

—Es una manera de perder el tiempo. Si yo trabajase aquí, mis ojos estarían todo el tiempo ocupados en observar lo que usted posee. Uno empieza a mirar y no termina nunca...

Ella rio mostrando unos dientes blancos, perfectamente alineados.

—Se está comprometiendo demasiado. Esos muchachos tienen orden de no dejar que nadie se acerque a mí.

—Hay riesgos que uno desea correr de buena gana.

—Uno de ellos se ha puesto en marcha. Viene hacia acá... Ande, márchese.

Pero Jim bebió un trago de su whisky.

El tipo se plantó entre Susan y Jim. Era alto, bien parecido, musculoso, de cara bronceada, nariz aguileña y mentón hendido.

— ¿La molesta, señorita Halaes?

—Oh, no, Philip. Es un amigo de otros tiempos... Trabajaba en una orquesta.

Philip miró a Jim con ojos fríos.

— ¿Qué instrumento toca?

—El trombón.

Philip mostró en el rostro una expresión de incredulidad, pero finalmente sacudió la cabeza y se alejó.

La joven se cubrió la boca con la mano para no soltar una carcajada.

—Tuvo gracia eso del trombón.

— ¿No se lo cree? Lo he tocado... Y mi amigo, el grandote que usted ve allá, arrancaba maullidos de un violín... Ocurrió en Chicago hace cosa de un año. Tuvimos que hacer aquello en una sala de baile porque una banda de gangsters nos seguía para darnos una receta de plomo. Conseguimos escapar, pero el baile resultó una catástrofe. El empresario de la sala todavía debe acordarse.

—Muy gracioso.

—Celebro haberla encontrado sola. Pero si Gregory está al llegar será mejor que la deje.

—No creo que venga.

— ¿No? ¿Por qué la abandona? ¿Es ésa su forma de hacerle el amor...?

—Ha tenido que hacer en alguna parte.

—Puedo acompañarla hasta allí... Justamente no tengo nada que hacer.

—Gregory se fue al Madison a presenciar los combates de esta noche. Nunca le acompaño a un sitio de éstos. No me gusta el boxeo.

—Los combates terminaron hace un rato.

—Gregory dijo que estuviese preparada. Telefonaré indicando el lugar adonde me debe acompañar uno de sus hombres.

— ¡Qué lástima! —dijo Jim—. ¿No puedo ser yo ese hombre?

—Es una orden severa de Travers —se mojó el labio inferior—, aunque, sinceramente, preferiría un guardia de corps como usted. Ahora, si me quiere hacer un favor de verdad, márchese.

Jim saltó del taburete y le tomó la mano que ella le alargaba. Apretóla suavemente. La piel de Susan era suave y tibia.

—Nos volveremos a ver, Susan.

—Quién sabe...

Jim fue a la mesa donde lo esperaba su compañero.

—Eh, Jim, no la trajiste —rezongó Luke.

—Estate preparado. En cuanto ella salga saldremos nosotros.

Luke sonrió.

—De modo que la apalabraste para mí.

—Seguro, Luke... ¿Qué otra cosa podía ocurrir?

—Me gusta. Sí, señor... Me gusta un rato.

Bebieron el whisky, y en eso Jim vio que un hombre salía del despacho de la dirección, se acercaba a Philip y hablaba a éste al oído. Philip se puso en movimiento hacia el bar, le dijo algo a Susan y ella saltó del taburete, encaminándose los dos al despacho de donde había salido el primer hombre.

—Andando, Luke —dijo Jim.

Pidió la cuenta al mozo, y Luke se dispuso a protestar cuando vio que marcaba cinco dólares, pero Jim le pisó en un pie y pagó.

En la calle hizo una señal a un taxi y empujó a Luke al interior.

—Eh, ¿dónde está la chica?

—Me ha dicho que irá delante.

Por el callejón cercano al «Club Bongolo» apareció un «Cadillac».

Jim vio en el asiento trasero a Susan y a Philip.

—Siga a ese coche, hermano —dijo al conductor—. Si no lo pierde de vista cuente con cinco pavos extra.

—Eh, Jim —protestó Luke—, vas tirando el dinero como siempre que lo tenemos... Y al cabo de un par de días no podemos comer un perro caliente.

—No te debes quejar, Luke. Siempre surge algo que nos pone en el buen camino.

—Tientas demasiado a la suerte. Eso es lo que te pasa a ti.

Jim lo interrumpió.

—Volvamos al cine.

— ¿Eh?

—Quiero decir al momento en que estabas adormilado. ¿Reconocerías la voz de alguno de los tipos?

—Seguro que sí.

—Estupendo.

—Lo malo es que no volveré a oír a esos tipos en mi vida.

—Quizá lo puedas oír dentro de un rato.

—Eso es imposible.

—Te lo confesaré, Luke. Esa morena se llama Susan Holmes. La identifiqué en seguida. Fue una vocalista con una buena carrera por delante hasta que encontró a Gregory Travers.

—Travers...

—El hombre que, según Sam Flower, se ha pegado a Al O'Hara en Nueva York. Tiene intereses en espectáculos. Travers fue al Madison y desapareció con O'Hara. Y ahora acaba de llamar a su chica para que se reúna con él.

— ¡No, Jim! —Luke se abalanzó sobre el hueco que comunicaba con el conductor—. A Central Park.

—No le haga caso, amigo, y recuerde sus cinco dólares.

Luke se apoyó nuevamente en el respaldo.

—Maldita sea... —rezongó—. Otra vez metidos entre gangsters--- ¿Qué tendremos que hacer ahora para librarnos de ellos...?

—Si nos pasa como en Chicago, no se te ocurra atrapar el violín. Confórmate con la batería..., se disimula más.

Pero Luke no tenía humor para reír el chiste y sumergióse en negros pensamientos.

Después de quince minutos de carrera estaban circulando por una avenida bordeada de acacias, al norte de Manhattan.

Allí se alzaban hermosos edificios de apartamentos.

— ¡Eh! —dijo el conductor—. El «Cadillac» se detiene ante la puerta de un hotel. ¿Qué hago?

—Si es un hotel, nosotros también podemos ir allí.

Jim vio las luces de neón a través de la ventanilla. Era el hotel Michigan.

En aquel momento Susan Holmes entraba por la puerta seguida de Philip.

El taxista detuvo su vehículo en la playa de estacionamiento.

—Espérenos aquí.

—He de volver a casa —dijo el conductor.

—Súmele otros cinco.

—Cuenten conmigo.

Jim tomó a Luke del brazo y lo empujó hacia el hotel.

—Jim, todavía estás a tiempo de escapar de este embrollo.

— ¿Lo recuerdas, Luke? Kidd Lima fue asesinado. Y ya puedes estar seguro de que, a estas horas, el criminal se cree el tipo más listo de la tierra. Tú sabes que nunca me ha gustado que nadie mate impunemente.

—Eso es cosa de la poli.

—Los brazos de la Ley no son tan largos como para alcanzar a todo, el, que delinque.

—Pero resultan, eficaces cuando nos van a atrapar a nosotros.

En el registro había un hombre de cabeza calva, nariz picuda y ojos redondos.

— ¿Qué desean, caballeros? —preguntó al ver, llegar a Jim y Luke.

—Una habitación con dos camas.

— ¿Hicieron la reserva?

—No, señor.

—Lo siento, no queda ninguna vacía.

Jim sacó un billete de cinco dólares que pasó al tipo.

— ¿Decía algo...?

—Voy a ver si tienen suerte —repuso el calvo mientras hacía desaparecer el billete en el bolsillo del pantalón. Consultó el libro y alzó la cabeza sonriente—. Justamente tengo una.

— ¡Magnífico! —dijo Jim, y se inscribió con el nombre de Aristóteles Servitius y dio a Luke el de Hammond Kleffmann. Firmó él y luego lo hizo su compañero.

Un botones se acercó a una señal del calvito.

—No traemos equipaje —dijo Jim—. Hubo una confusión en el aeropuerto de Chicago. Nos han prometido que llegará mañana.

El encargado titubeó unos instantes, pero finalmente entregó la llave al botones.

—Habitación 114, Tubby.

Entraron en el ascensor, y Tubby apretó el botón de la tercera planta.

Luke fue a decir algo, pero Jim le hizo un gesto para que callase. Observó a Tubby, un muchacho de unos diecisiete años, de cabello rojizo y nariz pecosa.

El ascensorista dijo de pronto:

— ¿Les gusta el juego?

—Mucho —asintió Jim.

—Hay una partida de dados en el 224... Puedo presentarlos... Previo paga de un dólar por cabeza.

Jim sacó sus bailetes y entregó los dos dólares a Tubby.

—Eh, no me gusta —dijo Luke—. Apuesto a que los dados están cargados.

Tubby lo miró con aire ofendido.

—Es una partida honrada, hermano.

—Tan honrada como tú, ¿eh? —repuso Luke.

—Usted es muy triste, compañero. ¿Se le murió la suegra?

Luke levantó una mano para agarrarlo por el cuello, pero Tubby saltó a espaldas de Jim.

—Eh, dígle a su amigo el grandullón que se esté quieto.

Habían llegado a la tercera planta.

Jim chascó la lengua.

—No te metas con el muchacho, Luke.

—Es un vival, Jim. Seguro que nos envía a una encerrona. Y todo por dos o tres miserables dólares que luego le largarán por la comisión... Será preferible que nos vayamos a dormir.

Luke salió al corredor, pero Jim se volvió hacia si muchacho.

—Oye, ¿dónde fue la morena?

— ¿Qué?

—Ya sabes, la morena que subió antes.

—Se refiere a miss Curvas, ¿eh?

—Es una buena definición.

—Fue al apartamento de la juerga.

—Ese es mi sitio.

—No pueden.

— ¿Por qué no, Tubby?

—Está reservado el derecho de admisión. El señor Travers lo dijo bien claro. Nadie debería molestar.

— ¿Cuál es el número del apartamento?

—Lo siento, amigo, usted me cae simpático, pero no se lo puedo decir..., a ningún precio.

Jim sacó otros dos billetes de a dólar.

—Anda, Tubby..., aquí tienes otra pareja para que críen.

Tubby miró los billetes y la nuez le bailó en la garganta

—Hay tipos muy duros. Si se mete allí es fácil que le rompan las narices.

—Sé cuidarme.

—Oiga, hay todo un campeón... No creo que pueda usted con él ni con la ayuda de su amigo, el triste.

—Al O'Hara.

—Lo sabía, ¿eh? Bueno, en ese caso, la cosa cambia —lo miró con respeto—. Habitación 190..., en esta misma planta.

Jim tomó la llave del 114 de manos de Tubby y salió del ascensor.

—Vamos, Luke —dijo al grandullón, que ya estaba ante la puerta que les correspondía.

—Eh, es ésta, Jim.

—Hemos de hacer una visita antes. ¿Te acuerdas de la morena...? Te gustó.

—Ahora ya no me gusta—repuso Luke, pero echó a andar tras su amigo.

Jim oprimió el timbre del 190.

Al abrirse la puerta oyeron risas y música.

El hombre que estaba en el hueco tenía una copa de champaña en la mano y era de mediana estatura, fornido, de nariz muy chata y cejas espesas.

Una voz dijo:

—Eh, Tex, dile que pase el hombre de las botellas.

—No es él —repuso Tex.

Jim pasó por junto a Tex.

—Hola, chico.

—Eh, usted, ¿a dónde va?

Luke se coló tras de Jim antes de que Tex pudiese cerrar.

CAPITULO V

Jim identificó a Al O'Hara.

El boxeador estaba, sentado en un sillón y reía por el enorme tajo de su boca jugueteando con una rubia, que le daba pastelillos.

La rubia tenía mucho que ver. No era muy esbelta, pero estaba bien proporcionada. Cubríase con un vestido de lamé oro de escote en uve. Y el vértice de la uve estaba en un lugar muy bajo de su fachada.

La morena bailaba con un hombre también moreno que Jim no había visto nunca, pero que, indudablemente, debía ser Gregory Travers.

En la sala había otros hombres y otras muchachas, pero Jim no les prestó atención; de momento.

Nadie se había dado cuenta todavía de su presencia a excepción de Tex, que se volvió hacia ellos.

—Eh, ustedes, ¿quiénes son?

—A callar, enano —dijo Luke.

Tex puso cara de mal humor.

—Si no salen de aquí ahora mismo, los escupiremos a pedazos.

Jim se volvió y dijo con aire importante:

—No se busque complicaciones, amigo. Jim Canton y Luke Hope, del Departamento de Ruidos.

— ¿Eh?

—Inspectores del Ayuntamiento. Cuando hay una fiesta venimos a comprobar que el ruido no moleste a los vecinos.

Tex no había oído una cosa semejante en su vida y se quedó con la boca abierta.

Un hombre de anchas espaldas, cabello entrecano, que se cubría con una chaqueta a rayas, muy llamativa, se acercó frunciendo el

ceño al ver a Jim y Luke.

— ¿Quiénes son, Tex?

—Han dicho no sé qué de ruidos... Vienen a inspeccionar, Seeman.

—Spencer Seeman —dijo Jim, y tendió su diestra—. Celebro conocerle.

Seeman estrechó la mano de Jim con un gesto de sorpresa.

—Si son periodistas será mejor que salgan de aquí inmediatamente... Comuniqué a la Prensa en el Madison que no haremos ninguna declaración hasta mañana.

—Descuide, no somos periodistas. Sólo admiradores de Al O'Hara.

— ¿Sí?

—Venimos a darle las gracias.

En aquel momento la morena volvió la cabeza y al ver a Jim dio un respingo. El hombre que la abrazaba se dio cuenta del gesto y miró en la misma dirección que ella

A partir de ese momento todos los presentes fueron prestando atención al lugar donde se encontraban los recién llegados.

Travers frisaba en los treinta y cinco años de edad y era muy guapo, de ojos azulados.

— ¡Philip! —llamó.

Philip apareció por una puerta, también con una copa en la mano.

— ¿Qué pasa, señor Travers?

—Esos hombres...

Phil hizo un gesto de sorpresa.

—Yo los conozco, señor Travers. Fueron al «Bongolo» y uno de ellos..., el joven, estuvo hablando con Susan.

Travers saltó como si le hubiese mordido un escorpión.

Jim sonrió a la joven.

—Hola, Susan... Nos volvemos a encontrar... El mundo es un pañuelo, ¿eh?

Travers hizo un gesto con la mano.

— ¿Qué significa esto, nena?

—Lo conocí esta noche. Nunca lo había visto antes de ahora.

—Está claro, Travers —dijo Philip—. Nos siguió.

Travers entornó los ojos.

— ¿Quiénes son ustedes?

—Ya se lo dije a Seeman, Jim Canton y Luke Hope.

— ¿A qué han venido?

—Queríamos felicitar a O'Hara. Gracias a él mi amigo y yo ganamos un buen montón de dólares.

— ¿Eh? —dijo Travers.

—Apostamos por él en su pelea con Kidd Lima.

Otro hombre apareció por una puerta.

— ¿Qué pasa, Seeman?

Era un tipo tan grande como Luke, pero pesaba un poco más. Quizá llegase a los cien kilos.

—Dos vivales, Casidy —repuso Seeman.

—Enhorabuena, entrenador —dijo Jim—. Preparó muy bien a su pupilo.

Casidy Morgan hizo una mueca.

—Muy reconocido, pero ahora márchense. ¿No saben que un boxeador después del combate tiene prohibidas las visitas?

O'Hara parecía un retrasado mental. Seguía en el sillón tratando de cazar el pastelillo que manejaba la rubia, quien realizaba mecánicamente su juego porque también ella estaba interesada en la pareja de advenedizos.

Jim echó a andar hacia el boxeador.

—Mi enhorabuena, señor O'Hara.

El boxeador alzó la cabeza justo cuando había alcanzado entre su dentadura el pastelillo. Tenía el aspecto de un enorme perro Terranova al que hubiesen pillado en falta. Hizo un rápido movimiento con la cabeza y engulló el dulce que tragó sin masticar. Luego se levantó y aceptó la mano que Jim le tendía.

Travers y Seeman se acercaron rápidamente.

—Bueno, señor Canton —dijo Seeman—. Ya lo ha felicitado.

Ahora márchese con su amigo.

—Aceptaría una copa.

O'Hara rio y lo hizo como un gorila.

—Claro que sí, una copa para mi amigo... —dio una palmada a Jim, quien estuvo a punto de caer.

Luke se acercó sonriente y también tendió su mano, que O'Hara atrapó con su diestra.

—Gracias por la pasta, señor O'Hara..., aunque yo sabía que usted iba a ganar.

Jim le pegó con el codo, pero ya lo había soltado.

Gregory Travers dobló la boca.

— ¿Usted lo sabía, Hope?

—Igual que ustedes —sonrió Luke, y guiñó un ojo.

—No le comprendo.

—Bonito negocio, ¿eh, señor Travers? ¿Fueron doscientos o trescientos mil?

—Eh, oiga, ¿de qué está hablando?

Jim intervino.

—No le haga caso, Travers...

—Quiero hacerle caso. Y usted cálese, Canton. Estaba hablando con su amigo... ¿Decía usted, señor Hope?

—Oh, nada. Ya no tiene importancia... Al fin y al cabo, ustedes lo están celebrando. Es como se dice en mi pueblo, el muerto al hoyo y el vivo al bollo...

— ¿Es idiota de nacimiento o está representando un papel?

Luke levantó los dos puños.

—Sin ofender, ¿eh, señor Travers...? Usted tiene el pelaje de un hijo de perra y no le he dicho ninguna indirecta.

Travers enrojeció hasta la raíz del cabello.

— ¡Philip! ¡Casidy...! ¡Maldita sea...! ¡Tírad a esta basura a la calle!

Casidy puso la mano en el hombro de Luke y tiró de él hacia atrás.

Pero entonces ocurrió algo.

Luke se revolvió, atrapó el brazo de Casidy y se lo llevó bruscamente a la espalda.

Casidy lanzó un grito de dolor y terminó por caer de rodillas en el suelo.

Philip lanzó el puño contra Luke. Le alcanzó en el pecho, pero Luke apenas se movió una pulgada y, después de haber soltado a Casidy, puso en camino la zurda.

Sonó un chasquido cuando el puño de Luke entró en colisión con la barbilla de Philip, el cual saltó en el aire y voló por espacio de dos yardas. Al aterrizar en el suelo siguió rodando hasta chocar contra la pared y allí quedó sin sentido.

La escena había dejado asombrados a todos.

— ¡Me ha roto el brazo...! ¡Me lo ha roto ese bastardo!

O'Hara parpadeaba confuso.

—Eh, usted es uno de los míos. Chóquela otra vez, amigo.

Luke le dio la mano sonriente y cambiaron un nuevo apretón.

Gregory Travers y Spencer Seeman se dirigieron al mismo tiempo hacia Jim.

—Eh, oiga —dijo Travers—. ¿Cuándo van a acabar la comedia?

—Ustedes repartieron los papeles.

— ¿Qué quiere insinuar?

—Somos demasiados aquí. ¿No hay un lugar acogedor donde ustedes y yo podamos charlar de nuestras cosas?

Seeman saltó.

—No tenemos de qué hablar.

Travers interrumpió al manager de O'Hara.

—Espera, Seeman. Me gustaría escuchar a Canton.

—A mí no.

— ¿Por qué, Seeman? —sonrió Jim—. ¿Acaso tiene algo que esconder?

—Eh, ¿qué dice? ¡No estoy dispuesto a consentir más impertinencias!

Travers intervino con voz conciliadora.

—Deja que sea yo quien diga la última palabra, Spencer.

¿Quiere seguirme, Canton?

—Muy bien —dijo Jim.

Seeman titubeó unos instantes y por último concedió:

—Yo también iré.

Jim observó a Luke. O'Hara lo estaba presentando a la rubia del cuerpo bien proporcionado.

Travers se detuvo ante Susan.

—Perdona, nena. Tu amigo le echó un poco de agua a la fiesta.

—No es mi amigo —le corrigió Susan, y Travers se alejó.

Jim comprendió que la joven estaba furiosa porque comprendía que él se había valido de ella para llegar hasta allí.

—También me gustaría hablar con usted, Susan —dijo—. Más tarde...

—Confieso que tiene usted el valor por toneladas, pero le diré una cosa.

—Que sea una lindeza.

—Me gustaría pisarle el cuello.

—Quizá me deje —repuso él con una sonrisa, y fue en pos de Seeman y de Gregory.

Entraron en un dormitorio.

Travers caminó hacia una ventana. Sacó una pitillera y encendió un cigarrillo.

Seeman se sentó en el borde de la cama.

Jim apoyóse en la puerta que él mismo había cerrado.

—Al fin juntos —dijo.

—Déjese de payasadas —habló Travers—. Muestre su juego.

—Muy bien. Quiero veinticinco mil.

En la estancia reinó un silencio. Seeman y Travers estaban observando fijamente a Jim. Finalmente cambiaron una mirada entre ellos y Seeman dijo:

—Señor Travers, tengo un medio para acabar con esta clase de timos.

—Le apuesto doble contra sencillo a que lo sé —intervino Jim—. Les da una orden a un par de boxeadores retirados, quizá a Casidy y

Tex. Entre los dos machacan al tipo con pies y manos, le colocan el hígado en la boca, el riñón en los cuartos traseros... Finalmente dejan la mercancía servida y a punto de corromperse en un sótano.

—Acertó mucho, Canton —repuso Seeman—, pero haré algo en su obsequio. Usted no entró aquí. Ni siquiera oprimió el timbre de la entrada. Salga de esta habitación, atrape por la cadena al oso que trajo como compañero y váyanse los dos juntos a pasar el platillo por la calle.

—Muy ocurrente —sonrió Jim—, pero ahora serán treinta mil.

Travers dobló otra vez la boca.

— ¿Treinta mil qué?

—Dólares.

— ¿Está chiflado?

—Los que me conocen dicen que no.

Seeman se levantó.

—No voy a escuchar más a este tipo, señor Travers.

—Siéntate, Seeman.

—Pero...

—A callar.

El manager de O'Hara rumió su fracaso dejándose caer en la cama.

Travers dio una chupada al cigarrillo dejando escapar dos chorros de humo por los agujeros de la nariz.

— ¿Por qué iba yo a darle los treinta mil dólares, Jim?

—Por mantener la boca cerrada, naturalmente.

— ¿Y cuál es ese gran secreto que usted debe guardar y por el que yo debo hacer un pago tan elevado?

—Bueno, Travers. Usted lo sabe. ¿Para qué lo pregunta?

—No lo sé.

—Usted oyó a mi amigo ahí fuera. ¿No tuvo bastante con lo que él dijo?

—Sólo he hecho deducciones. Su amigo habló de una ganancia de doscientos mil o trescientos mil. También dijo que él sabía que iba a ganar O'Hara y hasta llegó a afirmar que incluso conocía el

asalto en que caería Kidd Lima... No soy tonto, Jim. He llegado a ser lo que soy porque he sabido utilizar la inteligencia.

—Enhorabuena.

—Ustedes creen que el resultado del combate entre O'Hara y Lima estaba fraguado.

—Sí.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida. Seeman, ¿qué dices tú?

—Soy un manager honrado. Nunca he dado aprobación a un tongo. Menos lo iba a hacer cuando estoy a punto de pelear por un título mundial.

—Óiganme —dijo Jim—. No necesitan ponerse por las nubes. Sé lo grandes que son los dos. Usted, Travers, es muy inteligente y usted, Seeman, el manager más honrado que hay en el país... Vayan los dos a un asilo de ancianos y díganles a ellos la clase de sentimientos puros que albergan en su pecho. Seguro que conseguirán un chorro de lágrimas, pero, por favor, no esperen que lllore yo. Soy mayorcito y la vida me endureció.

—Lo va a endurecer más Seeman.

—Usted es un bravucón.

—Maldita sea... ¿Es que está dispuesto a dejarle decir todo lo que quiera, Travers?

Travers había entornado los ojos y miraba a Jim a través de la nube de humo.

—Su acusación es muy grave, Jim. ¿Se da cuenta...? Usted dice que el combate fue fraguado. Examinemos los dos asaltos... Kidd Lima demostró a lo largo del primero ser mucho mejor boxeador que O'Hara. Hasta el más lerdo podía prever cómo acabaría el combate, pero en el segundo surgió lo inesperado. O'Hara alcanzó a Kidd con un golpe de suerte y lo arrinconó en las cuerdas. Continuó su martilleo y de pronto Kidd Lima se derrumbó en el suelo. Todo terminó para él. O'Hara había ganado el combate. ¿Qué pasa con eso...? Otras veces ha ocurrido. Un boxeador malo ha ganado al bueno. También el destino juega en la vida. ¿O no es así, Jim?

— ¿Conocen el parte del forense?

—No, todavía no.

—Yo sí..., y me extraña mucho que ninguno de ustedes se haya interesado por conocer el dictamen médico.

—Oiga, Jim, a nosotros sólo nos interesó apartarnos del ruido, de los periodistas. Ya sabe cómo son. Fue una pelea sensacional... Lamentamos mucho el final de Kidd, somos humanos, pero también celebro que mi representado, O'Hara, fuese el vencedor. ¿No es eso natural?

— ¿Cuánto apostó por él, Travers?

—Nada.

— ¿Espera que lo crea?

—Oiga, yo soy empresario de boxeo. Tenía un veinticinco por ciento en la organización del combate. Ese era mi único interés.

—Pero está aquí celebrando la victoria de O'Hara,

—Una de las cláusulas de mi contrato estipula que en caso de vencer O'Hara a Kidd Lima, yo tendría opción para organizar otros tres combates en la costa occidental —sonrió—. ¿Queda tranquilo? Eso explica que lo haya traído aquí y que me encuentre con él.

—Está bien, Travers. Le comunicaré ahora el parte del médico forense... Kidd Lima murió de un infarto de miocardio. No se trata de ningún golpe de suerte lanzado por O'Hara.

Los dos hombres miraron a Jim con las cejas enarcadas.

— ¡Condenación! —exclamó Seeman—. ¡Ahora lo comprendo, señor Travers...!

— ¿Qué es lo que comprendes, Seeman? —preguntó Jim.

—Usted inventará cualquier historia para tirar por los suelos el nombre de O'Hara, el del señor Travers y hasta el mío.

— ¿Qué le parece ésta? Kidd Lima murió asesinado.

Seeman bloqueó apuntándole con el dedo índice.

— ¡Lo voy a hacer pedazos...! ¡Lo mataré! Repita eso y le juro que no lo conocerá ni su madre cuando vuelva a casa...

Jim continuó imperturbable:

—Kidd Lima ingirió un veneno que no deja huella. Es lo que le provocó el infarto de miocardio. Naturalmente, el forense, al hacer la autopsia, no encontró nada anormal, pero el asesino sabía perfectamente que acabaría con Lima e incluso el momento en que

doblaría la rodilla. Las apuestas estaban diez a uno y su negocio le ha reportado una ganancia fabulosa. Ese fue el motivo que le hizo montar el tinglado... El dinero, el cochino dinero.

— ¡Canton, es usted el hijo de perra más grande que he conocido en mi vida! —gritó Seeman.

Se arrojó sobre Jim tirándole la izquierda a la cara.

Jim saltó a un lado y le envió la derecha.

Seeman recibió el golpe entre los dos ojos y cayó de golpe sobre los cuartos traseros.

—Un buen directo —comentó Travers.

Seeman sacudió la cabeza.

— ¡Maldito, lo voy a hacer pedazos! —y se puso en pie apoyándose en la cama.

—Quieto, Seeman.

— ¿Es que no ha oído a ese bastardo?

—Sí, lo he oído y creo que tiene razón. Se ha ganado los veinticinco mil.

CAPITULO VI

— ¿Qué dice, Travers? —gritó Seeman incrédulo.

—Empiezo a creer que las cosas han sucedido como Jim ha dicho.

— ¿Está loco?

Travers dio un paso hacia Seeman y le abofeteó la cara.

Seeman retrocedió.

— ¡Señor Travers...!

—Consiento que me llamen hasta hijo de perra, pero no loco.

El manager de O'Hara se pasó el dorso de la mano por la mejilla donde había recibido el golpe. Sus ojos miraron con odio a Travers.

— ¿Qué es lo que piensa ahora?

—Canton está pisando terreno firme. Cuanto más lo pienso, más me digo que me he comportado como un estúpido... Aquí ha habido un tipo vivales que ha hecho su juego y, maldita sea si no lo ha hecho en grande.

—Canton lo ha encandilado, Travers. Todo fue pura casualidad.

— ¿Por qué tienes tanto interés en interponer el azar en ese combate, Seeman? O'Hara es sólo un muñeco. Lima no tenía ni para empezar con él. Ni con un golpe de suerte lo podía derribar, ésa es la pura verdad. Condenación, ¿por qué no me di cuenta antes? —señaló a Jim con la mano—. Es él quien tiene razón.

Canton se echó a reír cruzando los brazos.

—Lo está haciendo perfectamente, Travers.

— ¿A qué se refiere?

—Es usted quien representa ahora y le diré el papel que hace: el de un niño que nunca ha roto un plato.

— ¿Es que no me cree?

—Ni una palabra. Se ve descubierto y quiere convencerme de

que usted no tuvo nada que ver con ese crimen.

—No sea estúpido. Le aseguro que mis únicas ganancias en esta pelea han sido las que corresponden a mi veinticinco por ciento en el montaje. Pero cometí el error de apostar diez mil dólares por Kidd Lima. ¿Lo oye...? ¡Por Kidd Lima! También contribuí a llenar la bolsa del bastardo que lo organizó.

Avanzó sobre Seeman y lo atrapó por el cuello.

— ¿Qué va a hacer, señor Travers?

—Yo te diré lo que voy a hacer. Quiero saber el nombre del tipo con el que te pusiste de acuerdo.

— ¿Qué dice...? ¡No me puse de acuerdo con nadie!

— ¿Quieres que te saque las tripas, Spencer?

—Oiga, Travers. Jim Canton le ha metido ideas extrañas en la cabeza... Le repito que fue completamente azaroso.

— ¿No has oído lo del forense? Fue un infarto de miocardio. O'Hara no habría tumbado a Kidd ni utilizando un garrote.

—Muy bien, voy a suponer que no fueron los puños de O'Hara. Ande dígame, ¿quién no puede morir de un colapso...? ¿Estamos libres de ello usted y yo? ¿Cuántas personas mueren diariamente de un ataque al corazón?

—No tengo tiempo para consultar estadísticas.

— ¿Por qué Kidd Lima no podía morir de un colapso y en el cuadrilátero? A muchos boxeadores les ha ocurrido.

—No en un campeonato de la categoría del de esta noche. Escupe el nombre. Dilo, maldita sea.

—No sé nada.

Travers le soltó un puñetazo en la barbilla.

El manager se derrumbó en la cama y de allí rebotó al suelo.

Ahora no se levantó porque había perdido el conocimiento.

—Bueno, Jim, ¿cuál es su idea? —dijo Travers.

— ¿No lo hizo usted?

—No, maldita sea, y estoy dispuesto a atrapar al tipejo aunque sea lo último que haga en esta vida...

—Usted es organizador de combates. Quizá le sea fácil seguir

una pista teniendo en cuenta los ganadores de las apuestas.

—No sea iluso. ¿Cree que el fulano iba a apostar en grande...? Ni siquiera sabemos si lo hizo en el Madison. Y ya puede estar seguro de que distribuyó sus apuestas en porciones, y probablemente las realizó utilizando unos cuantos agentes. Contésteme, Jim. ¿De dónde sacó la información?

—Mi amigo, el de ahí fuera, cazó el sople.

—Dios mío, eso lo echa a perder todo. ¿Quiere decir que ese fulano que lleva usted a remolque es el que originó esto?

—Dormitaba en un cine cuando dos hombres hablaban del negocio. Al principio pensamos que se trataba de un tongo y ello nos permitió ganar mil y pico. Ahí fuera vi a Casidy Morgan y aquí está Spencer Seeman, pero no conocí a Louis Anders, el agente de O'Hara.

—Tuvo que irse.

— ¿Adónde?

—Tenía una cita con una chica.

— ¿Quién?

—No lo dijo, maldita sea.

— ¿Es de fiar?

— ¿Louis Anders...? —se echó a reír—. Antes confiaría en una serpiente de cascabel... Quizá Louis Anders sea nuestro tipo... Cuénteme esa conversación que oyó su amigo.

Jim le hizo el relato y, cuando hubo terminado, Travers encendió un cigarrillo.

—El que lo hizo lo preparó bien.

—Tuvo que contar con una persona allegada a Lima para hacerle ingerir la medicina que le provocase el colapso.

—Con Lima había en el ring dos hombres, su preparador Max Donald y su masajista Andy Pleyell. Esta mañana mismo vinieron de Nueva Jersey, donde permanecieron durante una semana entrenando a Kidd. Se hospedaron en el hotel Vermont. Uno de esos bastardos ha tenido que ser el que le dio el veneno.

Caminó hacia la mesilla de noche, sobre la que descansaba un teléfono.

Seeman se puso en pie. Miró a Jim y luego a Travers, pero no dijo nada.

Travers marcó un número.

— ¿Hotel Vermont...? Quiero hablar con Max Donald... ¿No está...? Avise a Andy Pleyell... ¿Tampoco...? Está bien. —Dejó el auricular en la horquilla y anunció—: No están en el hotel y seguro que tampoco se encuentran en el depósito de cadáveres. Pero los encontraré, Canton. Juro que los encontraré.

—También a mí me gustaría echarles mano.

—Déjelo de mi cuenta. ¿Cómo puedo establecer contacto con usted, Jim?

—Mi amigo y yo nos hospedamos en el Liberty. Pregunte allí por mí.

—De acuerdo.

Jim abrió la puerta y salió de la estancia.

Luke estaba bailando con la rubia amiga de O'Hara.

—Eh, Jim, mira esto... ¡Es el twist!

Jim observó a su amigo, que se movía como un elefante en un cenagal.

—Se acabó la fiesta, Luke. Nos vamos.

— ¿Ahora que empezaba?

Jim se detuvo ante Susan.

— ¿Resentida?

—Lo sabrá cuando le saque los ojos.

Él le sonrió.

—Que sea pronto.

Le hizo un saludo con la mano y echó a andar hacia la puerta.

Tex, el masajista, les abrió diciendo:

—Ojalá se partan una pierna.

Jim apretó el botón de llamada del ascensor, mientras Luke rezongaba:

— ¿Qué sacaste en claro?

—Muy poco.

—Travers es nuestro tipo.

—Tengo mis dudas.

La jaula llegó y abrióse la puerta. El pelirrojo Tubby los miró sorprendido.

—Creí que los despacharían con unas cuantas piezas menos.

—Abajo, muchacho —ordenó Jim.

— ¿Le fue bien con miss Curvas?

—Ella y yo estamos reñidos.

— ¿Qué lástima, verdad?

Jim sacó un fajo de billetes y la boca de Tubby empezó a hacerse agua.

— ¿Hasta qué hora estás de servicio, Tubby?

—Mi turno termina dentro de dos horas..., pero puedo quedarme si a usted le interesa.

—Me interesa.

—Naturalmente, usted se hará cargo de que soy un chico muy sacrificado...

—Lo comprendo, hijo, lo comprendo —Jim retiró dos billetes de a cinco dólares y se los alargó.

—Eh, Jim —exclamó Luke—. A ese paso nos quedamos sin blanca. ¿Por qué le das ese dinero ahora?

—Tubby mantendrá los ojos bien abiertos. Quiero que me cuente todo lo que observe acerca de la gente del 190. ¿Corriente, Tubby?

—No se preocupe, Aristóteles —dijo Tubby, y le guiñó un ojo—. Bonito nombre. ¿De dónde lo sacó?

—Fue un gran tipo de la antigüedad. Destacó mucho.

— ¿Béisbol o rugby?

Jim le dio dos palmadas al chico.

—Te regalaré además un libro.

—Que sea de chicas en bañador. Es lo que más ilustra.

—Te llamaré dentro de una hora o cosa así, ¿eh, Tubby?

—Tendrá una información completa y detallada de todos los sucesos de este hotel. Gracias, señor. Nos ha distinguido mucho con su presencia.

Ya habían llegado abajo.

De pronto Luke se golpeó la frente.

—Eh, ¿qué estamos haciendo? Nos hospedamos en este hotel.

—Hay trabajo por delante, chico.

Se metieron en la cabina telefónica donde había línea directa.

Luke marcó el número del Star y pidió que le pusiesen con Sam Flower agregando la palabra urgente.

Sam Flower pegó un ladrido.

— ¿Quién es?

—Tu pitonisa particular que te llama para anunciarte que has perdido cien dólares...

— ¿Dónde están? ¡Dilo rápido...!

—Espera un poco, Sam. Antes quiero que me informes un poco.

—Maldita sea... ¡No hay tiempo!

— ¿Qué sabes de Max Donald, el empresario de Kidd Lima?

Sam tragó su rabia.

—Se han dicho muchas cosas feas de él relacionadas con el boxeo. Hace cosa de un quinquenio estuvo suspendido por la Comisión Atlética del Estado de Nueva York. Tuvo que largarse al Medio Oeste. Cuando los cinco años de suspensión hubieron pasado, reemprendió su trabajo en la costa occidental.

— ¿Lo considerarías capaz de un tongo?

—De un tongo y de todo cuanto de feo pueda existir en el boxeo.

—Dime alguna cosa de Andy Pleyell.

—Es el masajista que lleva Max Donald, un retrasado mental. ¿Qué se puede decir más de él después de eso...? Infiernos, Jim, suéltalo de una vez. ¿Dónde están esos fulanos?

—Hotel Michigan, habitación 190 —dijo Jim, y colgó.

Quedó unos instantes pensativo y finalmente tomó la guía y buscó el número correspondiente al hotel Vermont.

Recibió las buenas noches más untuosas que había oído en su vida.

—Oiga, amigo —dijo—. Quisiera hablar con Max Donald.

—Dio orden de no ser molestado. Lo siento, caballero.

—Oiga, soy el hermano de Max y he de comunicarle algo urgente relacionado con su cuñada que es mi esposa y al mismo tiempo su prima.

—Oiga, no le entiendo... Espere.

Jim cubrió el micro con la mano y se lo alargó a Luke.

—Vas a escuchar una voz, Luke. Quiero que hagas un esfuerzo de memoria y recuerdes a los dos tipos que oíste en el cine.

—Ya entiendo —sonrió Luke—. Quieres saber si el tipo que voy a oír es uno de ellos...

—Magnífico, Luke.

Luke tomó el auricular.

— ¿Eh...? ¿Qué es lo que dice, bastardo...? No tiene ninguna cuñada, ¿eh...? Pero quizá tendrá una hermana... Yo tengo una tía... ¿Está resfriado...? Úntese con vaselina...

Jim le quitó el auricular por si Luke agregaba alguna cosa peor, pero en la otra parte ya habían colgado.

— ¿Y bien? —dijo.

Luke sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Jim. No era.

—Haremos otra vez el experimento.

— ¿Con el mismo?

—No, con otro.

Marcó de nuevo el número del hotel Vermont. Y otra vez el encargado le deseó unas buenas noches.

—Aquí inspector O'Rourke, del Departamento de Emigración. Deseo hablar inmediatamente con un huésped que se aloja en su hotel, de nombre Andy Pleyell. Si es la persona que nos creemos, usted tiene esta noche en el Vermont a Lucky Luciano...

—Pero, señor inspector...

— ¡Póngame sin rechistar...! ¡Inmediatamente! ¡Servicio público!

—No, señor..., digo, sí, señor.

Jim alargó de nuevo el micro a Luke.

—Mucha atención, muchacho.

El grandullón sacudió la cabeza.

—Eh, oiga... Le habla un amigo... Hermosa noche, ¿eh...? Eso se lo dirá usted a su padre... ¡Sinvergüenza! —de pronto Luke agrandó los ojos—. Oiga, hermano, a usted lo conozco... ¡Eh! ¡Cochino...! ¡No cuelgue! —miró a Jim—. ¡Colgó...! Es él... ¡El tipo que cobró los mil machacantes... y quería arrancar al otro los quinientos... ¡Lo hemos atrapado...!

—Serénate, muchacho —dijo Jim, y tomó el auricular, pero oyó que a la otra parte decían algo. Era el encargado del hotel Vermont—. ¿Sí?

—Oiga, Lucky Luciano ya ha muerto...

— ¡Qué lástima, amigo! Esa era la respuesta correcta. Usted no la dio a tiempo y perdió el premio de los cinco mil dólares. —Jim colgó definitivamente.

Salieron de la cabina.

—De prisa, muchacho —dijo Jim.

Los dos trotaron hacia la playa de estacionamiento.

—Vuele, amigo —dijo Jim al conductor mientras se introducían en el coche—. Hotel Vermont...

El taxista apretó a fondo el acelerador.

—Jim, esto cada vez me gusta menos —se lamentaba Luke.

—Estamos a punto de levantar el velo y creo que vamos a ver cosas muy bonitas...

—La cosa más bonita la tenía yo en el apartamento de O'Hara. Esa Betty es pura dinamita... Qué mujer, Jim...

—Es la novia de O'Hara.

—A O'Hara le caí simpático. En un momento nos hicimos como éste y éste.

—Bueno, muchacho, pero todo tiene un límite...

—Nunca había tropezado con una mujer tan agradable... Te lo juro, Jim. Nos pusimos a hablar como si nos conociésemos de toda la vida...

Jim dijo al conductor que esperase mientras ellos hacían la visita al hotel Vermont.

El encargado de la voz aterciopelada estaba en el registro. Frisaba en los treinta años de edad y era alto, rubio, sin un pelo en

la barba ni en el labio superior.

—Nos citó el señor Pleyell —dijo Jim—. No hace falta que lo avise... Está esperando.

Pasaron de largo, y de pronto Jim se detuvo haciendo chascar los dedos.

—Ahora se me olvidó la habitación...

—Noventa y siete.

—Gracias, amigo.

El ascensorista era un hombre de unos cincuenta años. Estaba leyendo un periódico por la página de las carreras.

Al llegar arriba caminaron por un corredor, y Jim oprimió el botón del apartamento 97. Transcurrió un minuto y nadie les abrió.

Jim hizo girar el picaporte e impulsó la puerta. Dentro, la luz estaba encendida.

Oyeron correr el agua en el baño.

—Debe estar tomando una ducha —dijo Sam,

Abrieron la puerta de la derecha, y Jim entró seguido de su compañero.

— ¡Infiernos! —gritó Luke.

Jim quedó inmóvil contemplando al hombre desnudo que yacía en el baño. Lo habían degollado y su cabeza estaba completamente tronchada porque el corte había sido muy profundo. El agua caía de la ducha lavándole la herida. Sus ojos estaban fijos, muy abiertos, mirando, sin verlo, el techo.

CAPITULO VII

—Vámonos de aquí, Jim... —exclamó Luke.

Jim observó la cara de la víctima. Tenía los ojos muy juntos, la nariz achatada a fuerza de golpes.

No tuvo ninguna duda de que se trataba de Andy Pleyell, el masajista de Kidd Lima. Alguien había realizado un negocio fabuloso gracias a la victoria de O'Hara. Eso había significado la muerte para el boxeador de Los Ángeles y ahora le había llegado el turno a su masajista.

Jim no vio nada anormal en el cuarto de baño. Buscó por todas partes sin encontrar la navaja que había servido para perpetrar el crimen.

Luke danzaba nervioso a sus espaldas.

—Oye, Jim, tenemos dinero para llegar hasta Miami... ¿Qué te parece eso? Allí están en plena temporada. Aquí nieva y en Florida hace un tiempo maravilloso. Vi las fotografías en una agencia de viajes... Y qué mujeres..., como a nosotros nos gustan...

Jim salió del cuarto de baño sin decir nada. Sobre la cama había una chaqueta y unos pantalones arrugados.

Registró los bolsillos sin encontrar nada.

—Levanta el colchón, Luke, y échame una mano.

— ¿Qué es lo que buscas?

—Dinero. Si Andy Pleyell hizo lo que suponemos está claro que apostó un buen montón en favor de O'Hara y por lo tanto también debió ganar una pequeña fortuna.

—Pero Jim, está claro que el hombre que lo mató se llevó el dinero.

Luke tiró del colchón rezongando por lo bajo, pero de pronto se quedó inmóvil viendo sobre el somier grandes fajos de billetes de cien dólares.

— ¡Jim! —gritó a su amigo, que estaba inspeccionando el armario, donde había una valija.

El joven retrocedió hacia la cama, lanzó un silbido y se puso a contar el dinero.

—Seis mil quinientos dólares —dijo al terminar.

— ¡Demonios! —exclamó Luke—. Estamos de suerte.

Empezó a meterse fajos en los bolsillos.

—Tengo que hablar con Max Donald —dijo Jim.

Descolgó el teléfono que había en la mesilla de noche y puso un pañuelo sobre el micro.

—Diga —oyó ahora una voz femenina.

—Quiero encargarles el desayuno para mañana. Dos vasos de jugo de tomate, una pierna de cordero, tarta de manzana y triple ración de café...

—Sí, señor.

—A propósito, el señor Max Donald me dijo que fuese a su habitación, pero no recuerdo el número.

—La tiene al lado, señor. Es el 96.

—Gracias, chica. Usted está en todo.

Jim colgó guardando el pañuelo.

—Espérame aquí, Luke.

— ¿Con un fiambre?... ¡Ni lo pienses!

—Los muertos no hacen nada, y quiero saber si alguien llama por teléfono.

— ¿Quién va a llamar? ¿Crees que lo hará el asesino para preguntarle si ya murió?

—Quien lo haga será borrado de la lista de sospechosos. Es un procedimiento a la inversa.

—Tu inteligencia es demasiado para mí... Me quedaré, pero date prisa en solucionar lo que sea, Jim.

Jim Canton salió rápidamente de la habitación.

No intentó llamar en la puerta 96. Hizo girar el picaporte y se coló dentro.

Un hombre estaba besando a una mujer con tanta curva como

un tobogán. Era una rubia muy esbelta, de piel bronceada y vestido que le ceñía mucho, resaltando la pureza de sus líneas, especialmente sus piernas largas y de muslo torneado.

Jim ocupó un sillón, apoyóse en el respaldo y dijo:

— ¡Corten!

El hombre y la mujer se separaron bruscamente y miraron asombrados al joven que les sonreía desde el sillón.

— ¿Quién es, Max? —dijo la rubia.

—Un loco. No puede ser otra cosa.

Max Donald estaba por los cincuenta años y era robusto, de cabeza grande, cabello negro rizado, nariz aguileña y mentón saliente.

— ¿Qué, Max? —habló Jim—. ¿Celebrando el éxito del negocio?

— ¿A qué negocio se refiere?

—Se llenó de billetes gracias a la victoria de O'Hara.

—Sigo pensando que está chiflado, pero dígame su nombre.

—Jim Canton.

— ¿Periodista?

—Ex vendedor de aspiradores.

— ¿Eh?... Oiga, pasé hoy por un duro trago. Mataron a mi pupilo. No estoy para chistes. Váyase al río, chapúcese la cabeza y, si todavía se siente con ánimo de hacer gracias, elija como oyente a su abuela.

—Está muy condolido, ¿eh, señor Donald?... Le doy mi más sentido pésame. ¿Contrató a la rubia para consolarlo? ¿O ella vino aquí voluntariamente?

—Oiga, Canton, ¿le deshicieron alguna vez las narices?

—Hablemos claro, Donald.

—Yo no tengo nada que hablar con usted.

—Esta vez será algo más que una suspensión de la Comisión Atlética, Max.

— ¿Qué dice?

—El asesinato en este Estado se pena con la silla eléctrica.

— ¿De qué está hablando?

—Liquidaron a Kidd Lima. Y usted está enredado en el asunto.

— ¿Piensa de mí...? —Max se interrumpió quedando con la boca abierta—. ¡Asesinato!... ¡No puede ser!... ¡No me han podido hacer a mí eso...!

La rubia lo tomó del brazo.

—Serénate, Max.

— ¡Cállate tú! —avanzó sobre Jim con los ojos llenos de furia—. Repítalo, Canton.

—La crisis cardíaca que sufrió Kidd Lima en el ring no fue una cosa natural. Fue provocada por alguna clase de veneno, pero Kidd Lima ingirió lo que fuese porque alguien se lo dio, alguien que quería matarlo.

Otra vez quedó inmóvil el manager del boxeador muerto. Una venilla se hinchó en su sien izquierda. Abrió la boca como si se estuviese ahogando y tragó aire.

—Malditos... Malditos sean.

— ¿Quiénes, Max?

—Los que lo hayan hecho.

—A Kidd Lima sólo le pudo dar el veneno una persona que estuviese muy cerca de él... Usted o quizá Andy Pleyell.

Donald lanzó un rugido y disparó su puño derecho contra la cara de Jim, pero éste ya hacía rato que lo estaba esperando y saltó por el brazo del sillón.

Al fallar el golpe, Max se derrumbó en el diván.

Canton estaba de pie.

—Tenga cuidado, Max. No acostumbro a soportar las violencias.

—No, ¿eh? —dijo Max. Y lanzóse sobre él con la quijada inferior proyectada hacia adelante—. Lo voy a machacar... Juro que lo haré.

— ¿Por qué no coopera conmigo? Suponiendo que usted no lo hiciese, fue obra de Andy Pleyell. ¿Con quién se relacionó Andy últimamente?

Al oír aquello, Max se contuvo jadeando. Pasóse la mano por el cabello.

—Andy es un estúpido. No puede haber hecho tal cosa...

—Quizá por eso lo eligieron a él como verdugo de Kidd Lima.

Quizá le dieron un poco de dinero y Andy picó... También es posible que los asesinos pensarán deshacerse de Andy cuando hubiesen cobrado el producto de sus apuestas.

—Andy está vivo. No lo han matado, ¿lo oye?

— ¿Cómo lo sabe?

—Estuve hablando con él hace media hora. Subimos los dos en el ascensor y me despedí en su puerta. Tiene el departamento vecino, el 97.

La rubia largó un bostezo.

—Creí que podría pasar un rato contigo, Max, pero ya veo que tienes mucho trabajo.

—Quédate.

— ¿No será mejor que me marche? —dijo ella, y puso un brazo en jarras—. Este vival es te ha vuelto loco.

—Cierra el pico, nena. A mí ningún vival es capaz de pegármela.

—Pues parece que te la dieron bien con queso. Si quieres conocer mi opinión, creo que este muchacho ha dado en la diana. Mataron a Kidd Lima para hacer el gran negocio. ¿No dijiste que se pagaba diez a uno?

—Sí —dijo Donald, con un gruñido.

—Pues ahí lo tienes, gran hombre —la rubia rio—. Y tú siempre has dicho que eras el fulano más listo del mundo...

—Calla, maldita sea, o te pongo negros los dos ojos.

—Miren al valiente... Ahora está arruinado. Y ya que iniciamos la discusión, he de decirte una cosa. Será mejor que te busques a otra.

—No digas eso, Edith. No lo digas.

—No tienes que preocuparte, Max. Cuando me escribas desde Sing Sing veré de contestarte.

Edith echó a andar hacia la puerta.

Max corrió en pos de ella.

—Edith, quédate... Te necesito.

Pero la rubia salió del apartamento y cerró con un fuerte portazo.

Max Donald se volvió apuntando a Jim con el dedo índice.

— ¡Usted tiene la culpa!... Me ha puesto en ridículo ante ella... ¿Por qué no esperó a encontrarme solo?

—Vamos, vamos, Donald... No sea tan ingenuo. ¿Quién me dice que usted no estaba metido en el ajo...? Ni siquiera ahora estoy convencido de su inocencia.

Los ojos de Max se inyectaron en sangre mientras avanzaba otra vez sobre Jim. Este le advirtió:

—Tenga cuidado, Max, sé boxear, conozco el judo y una clase de lucha que usted no ha practicado todavía. Póngame la mano encima y le juro que le hago crujir los huesos.

Max perdió parte de su agresividad.

— ¿Sabe lo que significa para mí la muerte de Lima, Canton?... No, no lo puede saber. Por fin iba a tener un campeón del mundo... Usted ya ha pedido información acerca de mí... Soy lo que se llama en el boxeo un golfo, un tipo completamente desacreditado. Hice cosas feas... Sé que no me creerá. Ese es mi mayor castigo, que nadie me cree. Pero yo estaba trabajando ahora honradamente. Conocí a Kidd Lima en Los Ángeles y supe que tenía ante mí al boxeador de mi vida... Me dediqué a Kidd con todos mis sentidos... Desde un principio tuve confianza en mí mismo y en que lograría hacer de Kidd el primero de su categoría... ¿Lo entiende, Canton? Supe que sería difícil para mí, especialmente cuando trajese a Kidd al Estado de Nueva York. Tuve que dar mucho dinero para que no desenterrasen mi pasado... Sí, señor Canton, pagué a periodistas y agentes de publicidad..., para que no se pusiesen contra mí...

—Pero usted esperaba que Kidd Lima le devolviese su inversión y mucho más.

—Sí, es cierto. Cuando Kidd Lima fuese campeón del mundo, no tendría que preocuparme por nada porque el dinero entraría en mis bolsillos a chorros...

—Pero de pronto cambió de idea, ¿eh, Max?

— ¿Qué dice?

—Pensó que quizá se había equivocado con Kidd Lima. No soy un profesional del boxeo, pero conozco sus resortes y sé que a veces no basta con que un boxeador sea mejor. Existen intereses,

obstáculos insalvables. Quizá usted encontró esa clase de obstáculos en el camino de Kidd Lima y decidió que tenía que resarcirse de otra forma.

—No diga eso. Por favor, no lo diga.

—Es la verdad, Max. A usted se le ocurrió entonces la gran jugada. Apostar por O'Hara y liquidar a Kidd Lima.

—Dios mío, no tiene derecho a decir eso... ¡No lo tiene!

Aquel hombre se había desmoronado. Tenía la cabeza hundida sobre los hombros, los brazos flácidos colgando a sus costados.

— ¿Por qué no me han matado a mí también?... ¿Por qué?

Se dejó caer en el diván y se puso a sollozar escondiendo la cara entre las manos.

Jim guardó silencio durante un rato.

—Bueno, Max, si le sirve de algo, le creo.

Max Donald lloró con más fuerza, como un chiquillo.

Jim caminó hacia la puerta y salió del apartamento sin hacer ningún ruido.

Abrió la puerta 97.

Quedó inmóvil sin dar un paso hacia el interior. Luke no estaba solo ahora. Le hacían compañía cuatro hombres. Y eran cuatro policías.

CAPITULO VIII

— ¡Jim, nos han atrapado! —gritó Luke.

Jim conocía a dos de los policías que componían el cuarteto. Uno era Clifton Russ, un agente del que tenía muy mal recuerdo.

El otro era Bruno Downes, teniente de la Brigada de Homicidios.

Russ se columpió sobre la punta de los pies, sonriendo.

—Esta vez con las manos en la masa —dijo.

Jim miró a Luke, por cuyos bolsillos asomaban los fajos de billetes.

—Hola, teniente —dijo Jim.

— ¿Cómo está, Canton?

—La mar de bien.

—Magnífico —dijo el teniente, con el humor del que se encuentra en un picnic.

— ¿Me quiere explicar qué significa todo esto, teniente?

—Con mucho gusto, Jim... Con mucho gusto... El encargado del hotel llamó a la policía para decir que a su juicio ocurría algo extraño en la habitación 97.

— ¿Sí?

—El huésped había encargado dos veces el desayuno.

—Hay tipos que comen mucho.

—Desde luego, Jim, pero en esta ocasión existía un fallo muy considerable. El primer desayuno era para un vegetariano. La segunda vez pidieron una pierna de cordero.

—Hay tipos que no saben lo que es la verdadera vida...

— ¡Silencio! —gritó de pronto el teniente a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—Tómeselo con calma, teniente.

Downes hizo un gesto como si fuese a dar una dentellada, pero cerró la boca y después de respirar profundamente, dijo:

—La comisaría envió a Clifton Russ, quien al entrar en esta habitación encontró un bonito escenario. Un tipo tenía los bolsillos llenos de billetes. Acababa de asesinar al huésped del apartamento. Lo degolló en el cuarto de baño mientras la víctima tomaba una ducha. Clifton llamó desde aquí a la Brigada de Homicidios... ¡Y yo soy el teniente Bruno Downes de la Brigada de Homicidios! ¿Está ya satisfecho con la explicación, Canton?

—En parte.

— ¿Qué quiere decir?

—Luke no mató al huésped de este apartamento.

— ¿Por qué no, si tenemos hasta el móvil?

— ¿Sí?

— ¡El dinero, maldita sea! —el teniente señaló a Luke—. ¿No lo ve? ¡Está podrido de billetes!

—Estoy seguro de que Luke entró aquí para hablar con el huésped del apartamento y se lo encontró muerto. Vio el dinero y lo recogió para entregarlo a la policía.

Russ soltó una carcajada seca.

— ¿Lo ha oído, teniente? Ni Anderson los fabricaba mejores...

—Cállese, agente —ordenó Downes, y miró fijamente a los ojos de Jim—. Esta vez su amigo está en un verdadero apuro.

—Usted es inteligente, Bruno.

—No me llame Bruno.

—No tengo la culpa. Yo no lo bauticé.

— ¡Downes! ¡Señor Downes!

—Sí, teniente Downes... —asintió Jim—. Como le iba diciendo, usted olvida algo importante.

— ¿Qué es lo que olvido?

Jim fue al cuarto de baño y miró al interior. No, Andy no se había ido. Continuaba allí, tan desnudo como lo había visto la primera vez, y tan muerto.

—Teniente, ¿dónde está el arma?

— ¿Qué?

—Este hombre ha sido degollado y apuesto a que fue con una navaja. Si afirma que Luke lo hizo y que después de matarlo se apoderó del dinero, móvil del crimen, ha de encontrarse aquí la navaja, el arma que utilizó para la carnicería.

— ¿Eh? —hizo el teniente.

—Quizá el agente señor Russ la ha guardado... Es un muchacho muy eficiente, y ha pensado que esa navaja sería la prueba número uno contra Luke.

El agente Clifton Russ estaba de muestra.

Downes lo miró con los ojos entornados.

— ¿Dónde la puso, agente?

Russ se mojó los labios con la lengua.

—No la he visto.

— ¿Qué?

—No la he visto, pero debe estar por alguna parte.

— ¡Búsquenla! —gritó el teniente.

Clifton y los dos policías se movieron febrilmente por la habitación.

Jimmy sacó un cigarrillo y lo encendió. Mientras fumaba observó a Luke, que estaba sentado en el borde del lecho con cara preocupada.

Al cabo de un rato, los tres policías dieron por ultimado su registro. La navaja no había aparecido por ningún lado.

El teniente se dirigió a Jim.

—Fue un bonito número.

—Gracias.

— ¿Dónde la escondió, Canton?

— ¿Qué dice?

—No se haga ahora el ignorante. Le cacé el truco. Ustedes dos llegaron conjuntamente al apartamento. Uno de ustedes mató a Andy. Mejor dicho, Luke sujetó a la víctima con sus enormes brazos y usted le seccionó el cuello... Más tarde, Luke se dedicó a recoger los billetes mientras usted, Canton, salía del apartamento para

deshacerse de la navaja.

— ¿Piensa eso de verdad?

—Claro que lo pienso. Es justo lo que ocurrió.

—A usted nunca le darán una medalla para distinguirlo por sus servicios, teniente.

— ¡Deje sus impertinencias, Canton, y confiese de una vez!

— ¿Qué es lo que tengo que confesar?

—Ya lo sabe. ¿Dónde escondió la navaja?

—Está perdiendo muchos puntos a mis ojos. Creí que sólo el agente Russ era el tarugo del Departamento.

Cliffon se abalanzó sobre Jim puños en ristre, pero Luke alargó la pierna haciéndole la zancadilla.

Cliffon se vino abajo lanzando un chillido.

Se levantó de un salto, revolviéndose contra Luke, pero Jim lo tomó del brazo y le envió de un empujón hacia la pared.

— ¡Todo el mundo quieto! —gritó el teniente.

Russ señaló a los dos amigos.

— ¡Me han atacado, teniente! Usted lo ha visto.

— ¿Quién iba a atacar a quién? —ironizó Jim.

— ¡Condenación, soy el jefe! ¡El único que va a hablar aquí! — se dejó oír otra vez Downes.

Todos callaron, y el teniente agregó:

—Está bien, Jim. Lárguese.

—Vámonos, Luke. Por fin Bruno demuestra poseer sentido común.

Luke fue a levantarse, pero el teniente dijo rápidamente:

—Sólo he dicho que se vaya usted, Canton.

Luke gimió:

—Yo no lo he matado, Bruno... Se lo juro... Soy inocente... Soy incapaz de matar una hormiga...

— Espóselo, Mac Namara —ordenó a uno de los agentes.

Jim dio un paso hacia Downes.

—Oiga, teniente. ¿No cree que se está excediendo? Le consta

que Luke no lo ha hecho... Si pensase eso, me detendría a mí también.

—No admito lecciones de nadie, Canton. Pero no haré una acusación de asesinato contra su amigo... Sólo de robo... Se estaba llevando unos billetes que no le pertenecían.

— ¿Y si yo le dijese que ese dinero pertenece a Luke y que él había nombrado depositario al huésped de esta habitación...?

—Me parece un buen argumento. Pero, ¿sabe una cosa? ¡Dígaselo al juez mañana!... ¡Fuera de aquí!

Jim sacudió la cabeza y se dirigió a su amigo.

—No te preocupes, Luke. Te sacaré mañana para la hora del desayuno.

—Pero, ¿cómo, Jim?

—Muy sencillo. Descubriendo al verdadero culpable.

Jim dio media vuelta y salió del apartamento.

No prestó atención al empleado del registro y dirigióse a la playa de estacionamiento.

Se introdujo en el taxi y el conductor volvió la cabeza.

— ¿Y su amigo?

—Se lo llevaron a la fresquera. Diríjase a Manhattan y páreme en el primer bar que encuentre en el camino.

Llegado al bar, fue directamente a la cabina telefónica. Llamó al hotel Michigan y se dio a conocer diciendo que era el hermano de Tubby y que quería hablar con él.

—Hola, hermano —oyó la voz del muchacho de cabello rojizo.

—Desembucha, hijo. Soy Santa Claus.

—Mi madre, la que armó usted...

— ¿Sí?

—Poco después de que ustedes se largaran llegó un montón de periodistas.

—Ya me darás una parte de las propinas.

—En casa somos doce de familia, Santa Claus... Si viera cómo lloran los pequeños... ¿Le hablo ya de lo que le interesa o quiere que le cuente más miserias?

—Te pagué para que ejercitases la pupila.

—El señor Travers salió diez minutos después que ustedes.

— ¿Dónde fue?

—Al apartamento que tiene aquí, pero sólo estuvo unos diez minutos y regresó al de O'Hara. Luego salió Spencer Seeman. Hizo una operación extraña, se metió en la cabina de abajo y estuvo llamando por el tele.

— ¿Cuántas llamadas?

—Dos.

— ¿Y luego?

—Regresó también al apartamento de O'Hara.

— ¿Quién más salió del apartamento de O'Hara?

—Salieron todos a la vez, Travers, O'Hara y Seeman, golpeando a los periodistas que se habían introducido en el apartamento. Rompieron varias cámaras... Tenía que haberlo visto usted. Fue lo más emocionante que ha ocurrido en este hotel desde que el año pasado una mujer sorprendió a su marido con una pelirroja y se puso a disparar una pistola.

— ¿Algo más, Tubby?

—Sólo eso.

—Está bien. Continúa tu trabajo.

—Necesitaré echar otra moneda por la ranura.

—Estás ya engrasado, hijo. El exceso de aceite también puede echar a perder las piezas.

—No lo haría por nadie más, ¿sabe? Usted es un tipo con clase... Acuérdesse de mí cuando llegue a presidente.

—Seguro, senador —dijo Jim, y colgó.

Salió del bar y encaminóse al lugar donde lo estaba esperando el taxi. Se coló dentro y dijo:

—Tendré que irme a dormir.

—Lo mismo digo yo —afirmó el tipo que estaba ante el volante, volviendo la cabeza.

Jim dio un respingo al ver que no era el taxista, sino un hombre de cabello rubio, cejas blancas y sonrisa gélida.

— ¡Eh, usted, se equivocó de taxi!

El rubio sacó una pistola y la apoyó en el borde del marco por donde asomaba la cabeza.

—Qué cosas pasan, ¿eh, señor Canton...? Un hombre está vivo y de pronto se muere...

—Estoy con usted. Hay quien no sabe cuidarse por más que oiga los estragos que produce el cáncer...

—Ese chiste le vale una rebaja en el plomo. Sólo tendrás dos balas.

CAPITULO IX

—Eh, usted se ha confundido —dijo Jim.

— ¿De veras?

—No soy el hombre que usted cree.

—Dígame su nombre.

—Horatius Percival Copamsky.

El rubio entrecerró los ojos.

—No puede ser.

—Nací en Varsovia. Mis padres eran de origen lituano... Tenía que haber conocido a mi abuelo Wladimiro. También le gustaban las armas, pero él cazaba patos.

—Cállese, maldición. Me está liando... —apoyó el cañón de la pistola en la barbilla y de pronto se echó a reír—. ¡Ha estado a punto de pegármela! Me hicieron la descripción de usted. Es exacto al tipo que he de defuncionar. Veintiocho años...

—Tengo veintinueve.

— ¿Cuándo los cumplió?

—El mes pasado. Oiga, se me ocurre una idea, festejémoslo. Le invito a una copa en el «Stork Club». Todos los cumpleaños tiro la casa por la ventana.

—Ahora no le valdrá nada... Usted es Jim Canton, habla hasta por los codos y es un tramposo.

— ¿Qué es un tramposo?

—Un tipo que se pone a hablar y hablar y enreda al que lo escucha.

Jim soltó una risotada.

—Eso me recuerda lo que le pasó a un amigo mío... Cuando fue a acostarse en el coche cama, vio asomar por su litera una pierna enfundada en una media... Mi madre, qué risa... Lo bueno vino

después...

— ¿Qué le pasó...? ¡No me lo diga, ya me está enredando otra vez!

Se abrió la portezuela de la derecha y una voz ronca dijo:

— ¿Qué pasa, Cuy?

Jim vio a un hombre de cara ancha, mofletudo, bigote espeso sobre la boca.

— ¿Es éste el tipo, Norman? —preguntó el rubio.

Norman manejaba también una pistola con la diestra y se sentó junto a Jim.

—Claro que lo es, estúpido... Jim Canton. ¿Es que ahora necesitas que te den una fotografía?...

—Perdone, compañero —dijo Jim con voz simpática—, pero he de decirle lo mismo que a Guy. No soy Jim Canton.

—Ponga las manos en la cabeza.

— ¿Para qué?

—Póngalas, maldita sea, o le meto dos balazos aquí mismo.

Jim creyó muy capaz a Norman de apretar el disparador, de modo que puso las manos sobre la cabeza.

Norman le extrajo la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y la abrió.

Jim fue a bajar las manos.

—No haga eso —dijo Norman, que ahora se había pasado la pistola a la zurda—. Otro movimiento y le obturo con plomo los agujeros de la nariz.

Jim se estuvo quieto.

Norman buscó en la cartera y se echó a reír.

—Aquí hay seis tarjetas a nombre de Jim Canton. En dos de ellas se dice que es vendedor de aspiradores, en otra que es agente de negocios teatrales...

—En aquella época descubrí a Shirley Mac Laine. La muy ingrata se olvidó de que todo me lo debía a mí... Fíese de la gente.

—Aquí hay otra que dice que es inspector de seguros.

—Todavía lo soy. Puedo hacerles una póliza de vida con un

desembolso mínimo... Le regalo la comisión que me corresponde... Es el mejor negocio para ustedes. Tienen familia, probablemente hijos, y han elegido una profesión muy arriesgada... Piensen en el mañana, en la familia arruinada que pueden dejar...

—No está mal, ¿eh, Norman? —dijo Guy.

—Imbécil. Este tipo sólo quiere darnos cuerda.

—Con que sí, ¿eh? —repuso Cuy—. Démosle el paseo de una vez.

—Echa a correr hacia el sitio que tú ya sabes.

Guy puso en marcha el coche.

Jim chascó la lengua.

—Si no tienen inconveniente, prefiero que lo hagan en Molvoro...

— ¿Dónde está eso? —preguntó Guy.

—Al oeste de la ciudad... unas ochocientas millas...

Norman le golpeó con el cañón del revólver en el maxilar, y Jim se hundió en el asiento.

—Basta ya de chistes, Canton. Iremos adonde nos dé la gana. Vuelva a abrir la boca y llegará muerto.

Jim se dijo que hay gente que no tiene sentido del humor.

— ¿Puedo hacer una pregunta?

—Si es para decir una tontería, cálese la boca,

—Sólo quería saber qué hicieron con el taxista,

Guy se echó a reír.

—Le pegué un culatazo por detrás y lo arrastré hasta un jardín.

—Espero que no le pegasen demasiado fuerte.

—Eh, Norman, ¿viste a alguien que se preocupase tanto por la gente?... Debe ser de la Sociedad Protectora de Animales.

Norman emitió un gruñido y con eso terminó aquel diálogo.

Corrían ahora por una carretera en despoblado.

—Métete por la derecha —dijo Norman.

Un poco más allá, Guy hizo girar el volante.

El vehículo se puso a dar saltos por un camino lleno de baches.

El suelo estaba blanco porque por aquella parte la nieve había llegado a cuajar.

Por fin, Guy pisó el pedal del freno, y el vehículo se detuvo.

Norman abrió la portezuela de su lado y saltó fuera sin dar la espalda a Jim.

Mostró la pistola por el hueco.

—Baje, Canton.

—Estoy aquí bien. Fuera hace mucho frío.

—No se preocupe —sonrió Norman con una mueca—. Nosotros le calentaremos.

Guy lanzó una risotada desde el asiento delantero.

—Ese fue el mejor chiste.

También Guy apuntó a Jim por el hueco de separación.

—Salte de ahí.

—Está bien, muchachos. No se enfaden.

Canton descendió del coche, pero lo hizo con la cabeza por delante y saltó sobre Norman, que sólo había retrocedido un paso.

El mofletudo no llegó a disparar y lanzó un grito al recibir el impacto de la cabeza de Jim en el pecho.

Los dos se vinieron abajo.

Guy estaba saliendo por el otro lado del vehículo y se puso a soltar maldiciones.

Jim había trabado bien a Norman y se daba impulso alejándose del coche.

Tuvo una gran suerte al encontrar un desnivel del terreno.

De repente Norman lanzó un chillido porque había golpeado la cabeza contra una piedra.

— ¡Apártate, Norman! —dijo Guy desde arriba.

Jim atrapó la muñeca armada de Norman y se la retorció bruscamente.

— ¡Norman, apártate! —repitió Guy mientras se ponía a disparar como un loco.

Jim sintió que una bala le rozaba la cabeza. Aquel Guy estaba chiflado. Era un anormal y apostó a que si continuaba allí, el rubio

acabaría por abatirlos a los dos, a Norman y a él mismo.

Norman dio un tirón fuerte y logró desasirse del joven.

Guy seguía disparando a ciegas desde lo alto.

Jim se vio perdido y dejóse caer en el suelo.

Norman se había puesto de rodillas e iba a utilizar el arma, pero de pronto se estremeció porque una bala de Guy le había alcanzado en la espalda.

— ¡Maldito! —gritó, y se derrumbó de bruces.

Jim vio muy cerca de él el arma de Norman y la atrapó.

Disparó sin pestañear sobre el lugar de donde brotaban los fognazos.

Guy soltó un aullido y cayó desde lo alto rodando como una pelota. Finalmente fue a parar junto a su compañero.

Jim permaneció un rato quieto, respirando el aire helado de la noche.

Atrapo la cabeza de Norman por el cabello y se la levanto. El forajido tenía los ojos entornados, pero ya había muerto.

Guy agonizaba.

Jim acudió a su lado y le quitó la pistola de la mano. Tenía un agujero en el pecho, muy cerca del corazón.

—Guy —le dijo.

—Debimos... acabar con usted... antes.

— ¿Quién es vuestro patrón?

Guy lo miró con la boca abierta. Un hilillo de sangre le corría por la comisura.

—Dilo, Guy... ¿Quién os pagaba?

El rubio se estremeció exhalando el último suspiro.

Jim regresó al taxi y poco después iniciaba el camino de regreso a la ciudad.

CAPITULO X

Jim pulso el timbre de la puerta que tenía delante.

Había subido andando la escalera de peldaños carcomidos y desde aquel rellano, el último, olfateaba los cien malos olores que llegaban desde abajo.

— ¿Quién es? —oyó una voz carrasposa desde el interior.

—Abre, Benny. Soy Jim Canton.

—Lo siento, Jim, pero no tengo dinero. Te pagaré otro día los cinco que te debo.

—Abre, maldita sea. Vengo a traerte pasta.

Oyó cómo descorrían una cadena en el interior y luego la puerta se abrió una pulgada. Por el resquicio vio la cara arrugada de Benny. Sus ojillos ratoniles lo miraron con atención.

—Caramba, si es Jim.

Al pasar por su lado, Jim sintió una vaharada de whisky.

Todo en aquella habitación estaba en desorden. Sobre una silla descansaban unos pantalones y una raída chaqueta. Benny se cubría con un sucio batín, roto por los codos. Arrastraba un sucio cintajo a punto de hacerte tropezar.

Jim tuvo mucho cuidado al ocupar un sillón que dejaba asomar unos cuantos muelles. Alargó la mano y tomó una botella de whisky barato. También alcanzó un vaso, pero lo devolvió a su sitio al ver que estaba lleno de polvo.

—Jim, ¿verdad que me dejarás otros cinco...?

—Seguro.

—Eres un buen amigo. Siempre lo he dicho... Tipos como tú ya no se encuentran hoy.

Jim sacó el fajo de billetes y apartó uno de a cinco dólares que

puso sobre la mesa ratona. Benny lo atrapó y se puso a alisarlo y a mirarlo con ojos parpadeantes.

—Benny, quiero que me digas algo...

—¿Qué? —preguntó el viejo.

—Conocí esta noche a dos tipos. Uno rubio llamado Guy. El otro era rollizo, moreno, cabello y cejas negras y bigote muy espeso. Atendía por el nombre de Norman.

Benny le alargó el billete.

—Toma, Jim.

—¿Qué significa eso?

—Ya no me hace falta.

Jim no aceptó el billete.

—Esos muchachos me invitaron a una juerga pero ellos no eran los pagadores... Yo quisiera conocer al tipo que corrió con el gasto.

Benny tragó saliva mientras se pasaba la mano por un costado.

—Jim, me encuentro mal desde hace dos noches, Apenas pego un ojo... Anda, vete y echaré un sueño.

El joven se echó a reír.

—Sabía que venía al sitio seguro.

—No te entiendo.

—Conoces al tipo que daba los encargos a Norman y a Guy.

—¡No!

—Sí, Benny. Sabes quién es.

—Oye, Jim, ¿por qué no te vas a dormir también? Es muy tarde...



Lo habían degollado.

Jim apartó otro billete de a cinco dólares y lo puso sobre la mesa.

—Anda, Benny..., dímelo, tengo prisa.

—Oye, Jim, ni por todos los billetes de la fábrica de la moneda te diría lo que quieres.

— ¿Por qué?

—Te matarán.

—No te preocupes, sé cuidarme.

—Ese fulano no es como los demás. Tiene mucha gente a su servicio.

—Gente como Norman y Guy, ¿verdad?

—Sí, Jim. Y yo aseguraría que los tiene peores.

—Bueno, tú conoces mi opinión respecto al mundo. Hay que conocer mucha gente. Eso es bueno.

—No, Jim, por favor...

Canton arrojó todo el fajo sobre la mesa.

—Ahí hay cincuenta, Benny, que unidos a los diez de antes hacen un total de sesenta..., y yo no soy la Casa de la Moneda.

—Jim...

—Fuera excusas, Benny. He hecho mucho por ti.

—Lo sé y te lo agradezco, Jim.

—El nombre.

Benny se rascó la cabeza, cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Boolton, Jeff Boolton.

—Jeff Boolton —repitió Jim—. ¿Dónde lo puedo encontrar?

— ¿Y yo qué sé?

—Ahora que me has dicho ya el nombre me importa mucho que me des la dirección. Tú sabes que lo encontraré de todas formas, y si voy preguntando por ahí, él estará avisado... ¿Quién va a sorprender a quién, Benny?

Benny se acercó a su raída chaqueta y sacó una sucia y abultada cartera. Extrajo unos papeles que estuvo consultando.

—Calle 67, oeste, apartamento 9.

Jim se puso en pie y dejó sobre el desvencijado aparador la botella de la que no había bebido.

—Gracias, Benny.

— ¿Llevas pistola?

—Sí.

—Boolton es un tipo de la peor especie... Ten cuidado.

—Lo tendré, naturalmente.

Jim atrapó los cincuenta dólares que había dejado en la mesa y se los alargó a Benny.

—Con diez tengo bastante.

—Son tuyos. Empecé una buena racha y creo que va a continuar.

—Bueno, Jim, si es así...

—Hasta la vista.

Veinte minutos más tarde, Jim subía por otra escalera no mucho mejor que la que daba acceso a la covacha de Benny.

Apretó el botón de la puerta número 9.

No le llegó ningún ruido del interior e hizo girar el picaporte, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Volvió a apretar el timbre.

—Lárguese —dijo una voz desde dentro.

—Abra a la policía, Boolton.

— ¿Eh?

—Abra si no quiere que derribemos la puerta.

— ¿Qué tengo que ver yo con la policía?... ¿Quién es usted?

—Teniente Bruno Downes, de Homicidios. Abra, maldita sea...

Oyó que la llave giraba en la cerradura. Justo cuando sonaba el chasquido del cerrojo, Jim cargó contra la puerta.

Un hombre salió despedido hacia el interior del living, que estaba iluminado por una lámpara central.

El tipo se arrojó sobre la silla en cuyo respaldo descansaba una chaqueta.

—Quieto, Boolton —dijo Jim, enseñando una pistola.

Boolton se quedó quieto, con las manos sobre la silla. Estaba por

los cuarenta años de edad y era de mediana estatura, tez aceitunada, ojos negros y boca de labios finos.

—Usted no es el teniente Downes.

—No.

—Ni tampoco policía.

—Las acierta todas esta noche, Boolton. Complete la quiniela ganadora diciendo mi verdadero nombre.

—No lo sé.

—Claro que lo sabe. Dio muy bien mi descripción a un par de amigos suyos.

—No sé de qué me habla.

—Norman y Guy.

Boolton se enderezó dando un resoplido. Sonrió.

—No sé quiénes son.

Jim movió la pistola.

Boolton recibió el golpe en la mejilla y se fue hacia atrás soltando un juramento.

Cayó sobre un sillón y de allí rebotó al suelo, donde quedó de bruces.

— ¡Bastardo! —gritó.

—Levántese, Boolton.

Boolton alzó la cara. En su mejilla derecha mostraba la grieta que Jim le había producido con la pistola.

Se miró el dorso de la mano manchada de sangre.

—Esto lo va a pagar, Canton.

—Ya refrescó la memoria.

Boolton se mordió el labio inferior, furioso consigo mismo por haber cometido el error.

—Lárguese, Canton. Le conviene.

—Sé cuál es su profesión, Boolton. Usted acepta encargos de gente que quiere deshacerse de tipos que les estorban...

—Le repito que le conviene marcharse.

Jim hizo intención de pegarle otra vez con la pistola, pero ahora le engañó porque le estrelló en la cara el otro puño.

Boolton volvió a derrumbarse.

Jim caminó hacia él y lo tomó por las solapas.

—Boolton, le arrancaré la piel...

—Es una mujer.

— ¿Una mujer le hizo ese encargo?

—Sí.

— ¿Quién?

—Dijo llamarse Glenda Buck Sé dónde vive... Lo llevaré hasta allí...

—Es una trampa, ¿verdad, Boolton?

—No.

—Claro que lo es —dijo Jim, y le conectó el puño, esta vez en las narices.

Boolton estrelló la cabeza contra el suelo, soltando un gemido.

—Te diré cuál es tu propósito —dijo Jim—. Sólo se te ha ocurrido llevarme a cualquier lugar donde me estará esperando alguno de tus esbirros...

—No, le juro que no, Canton.

—Anda, levántate.

Jim se acercó a la silla y pasó la mano por debajo de la chaqueta. Allí había una funda de pistola para portar debajo la axila. Sacó el arma y la guardó en el bolsillo. Luego registró la chaqueta sin encontrar otra arma.

Boolton se había puesto en pie. Arrojava sangre por los agujeros de la nariz.

—Nos vamos, Boolton.

Boolton se puso la chaqueta y echó a andar hacia la puerta.

Jim lo dejó ir delante.

Boolton se detuvo volviendo la cabeza.

—Le daré un par de billetes y me dejará en paz.

—No hago esos tratos.

—Son trescientos dólares.

—A callar, Boolton. Quiero conocer a esa Glenda. Quizá sea una mujer bonita... Siempre me ha gustado el buen género. ¡Sal de una

vez!

Boolton alargó la mano y abrió la puerta.

En ese instante se oyó un estampido y luego dos más.

Boolton se estremeció y retrocedió golpeando contra Jim, quien también se vino abajo.

Dejaron de oírse los disparos, y Jim rodó a un lado con la pistola preparada para hacer fuego. Pero no vio a nadie.

De pronto oyó pasos precipitados escaleras abajo.

Puso la mano en el corazón de Boolton. Ya había dejado de latir. Se enderezó de un salto y salió corriendo del apartamento.

Miró por la barandilla hacia abajo para descubrir al asesino, que estaba llegando ya al piso inferior.

Tampoco le sirvió de nada.

Descendió saltando los peldaños de tres en tres, pero todavía no estaba en el primer piso cuando dejó de oír los pasos del asesino de Boolton.

Empezaron a oírse voces en los apartamentos.

Al llegar a la acera, miró a un lado y otro sin ver a nadie.

Una voz gritó desde la casa.

— ¡Policía...! ¡Han matado a alguien!

Jim tenía que decidirse por la derecha o por la izquierda. Eligió la derecha y echó a correr.

Cien yardas más allá se detuvo en una esquina.

El asesino debía haber seguido la dirección contraria y ya era demasiado tarde para rectificar.

Dobló por aquel lado y alejóse moviendo muy aprisa las piernas.

Poco después tomó un taxi y ordenó al conductor que lo llevase a Central Park.

Durante la carrera se dedicó a pensar en el asunto desde el principio al fin.

Cambió de idea y dijo al conductor que lo llevase al «Club Bongolo».

El local estaba muy animado.

Vio a Philip en el mostrador y se le acercó con una sonrisa.

—Hola, chico.

Philip hizo una mueca al reconocerlo.

— ¿Se ha atrevido a venir aquí?

— ¿Por qué no? Este es un lugar público y mi dinero vale como el que más.

—Travers se ha enfadado con usted.

— ¿Está en su despacho?

—Sí, con Susan.

— ¡Qué casualidad! También la quiero ver a ella.

—Tenga cuidado. Se está metiendo en la boca del lobo. Susan es del jefe.

Jim echó a andar hacia el despacho de la dirección.

Supo que Philip se movía a sus espaldas. Naturalmente el chico estaría apretando un botón para avisar de su llegada a Travers.

Abrió sin llamar.

Travers estaba sentado tras una mesa con la cabeza ladeada, prestando atención al timbrazo apagado que le llegaba desde un lugar situado a la altura de su estómago.

Susan se había quitado los zapatos y estaba tendida en un diván. Parecía una hermosa gata. Sus ojos se animaron al verlo.

—Hola, chica. ¿Qué tal, Travers?

Travers alzó la cabeza. Entre sus dos cejas apareció un fruncimiento.

— ¿Usted, Jim?

—Decidí pasarme por aquí por si había conseguido algo.

—Estuvo mal eso que hizo de lanzarme a los periodistas en el apartamento de O'Hara.

—Había prometido algo a un amigo.

— ¿Siempre cumple sus promesas?

—Todas.

En el despacho reinó un silencio que interrumpió Travers.

—Usted no me gusta, Jim.

—Es cosa corriente que a un hombre no le guste otro hombre. Yo sacaré una impresión muy desfavorable para usted.

Travers empezó a enrojecer.

— ¡Maldita sea...! ¡No consiento que se burle de mí!

Susan se echó a reír.

—Déjalo, Greg. Me resulta gracioso.

—Gracias, nena —dijo Jim.

Abrióse la puerta, y Spencer Seeman entró en la estancia seguido de Max Donald.

Los dos managers, el de O'Hara y el del difundo Kidd Lima, hicieron gestos de sorpresa al ver allí a Jim.

—Nos volveremos a encontrar —dijo Jim sin perder el buen humor—. Caramba, resulta divertido... Esta es una noche muy movidita para todos... Empezó con un combate que casi equivalía a un campeonato del mundo y de madrugada sigue coleando el asunto.

Seeman lo apuntó con el dedo.

— ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha venido?

—Se me ha metido una cosa entre ceja y ceja, ¿sabe, Seeman? Dar caza al asesino de Kidd Lima.

CAPITULO XI

Donald caminó hacia el joven y se detuvo muy cerca.

—Oiga, Jim, ¿quiere que le diga una cosa? Usted se equivocó.

— ¿De veras?

—Es cierto que Kidd murió de un ataque al corazón, pero fue una desgracia... Llevé a un doctor al depósito de cadáveres y su parte facultativo coincide con el del forense.

— ¿Quién es ese doctor que llevó?

—Glenn Vassot.

— ¿Alguna eminencia?

—No, un amigo mío. Pero su juicio me merece todo crédito.

— ¿Le comunicó usted sus sospechas antes de que examinase el cadáver de Kidd Lima?

—No, porque quería que Vassot decidiese por sí mismo, sin prejuicios de ninguna clase.

Jim se echó a reír.

—Se reúnen ustedes una buena pandilla.

Travers golpeó el puño contra la mesa.

—Cuidado, Jim. Se la está ganando...

Canton no se inmutó y continuó hablando a Donald.

—Kidd Lima murió asesinado tal como ya le tengo dicho.

—Ni el forense ni el doctor Vassot han encontrado vestigios de veneno. ¿Es que quiere saber más que ellos?

Travers sonrió sarcástico.

—Quizá Canton nos va a decir que estudió Medicina. Me da la impresión que es uno de esos tipos que creen saberlo todo.

—Sé algo acerca de lexicología, aunque yo no haya cursado estudios médicos... ¿Saben lo que es la atropina?

Susan habló desde el diván.

—Una prima mía la tomaba para no sé qué cosa del corazón.

—Es casi seguro que fue lo que emplearon para acabar con Kidd Lima.

Max Donald arrugó el ceño.

—Todo eso que dice es una hipótesis.

—Desde luego.

—Todavía no lo ha de mostrado.

—No. Pero espero hacerlo.

— ¿Cuándo?

—Quizá ocurra de un momento a otro.

Travers se puso en pie detrás de la mesa.

—Jim, quiero que salga de aquí inmediatamente.

—No se ponga nervioso, Travers... ¿O es que le estoy echando a perder algún negocio?

— ¿Otra vez sugiere que fui yo?...

Susan dejó escapar una risita por entre los dientes.

— ¿Por qué no termina de contar eso de la atropina, Jim?
¿Quiere decir que a Kidd Lima le inyectaron entre el primero y el segundo asalto?

—No fueron inyecciones. Le hicieron ingerir una cápsula.

— ¿Una cápsula?

—Sí, probablemente de gelatina. Dentro de la cápsula estaba el veneno, la atropina.

— ¿Y cuándo se la hicieron ingerir?

—Estoy dispuesto a apostar a que fue en el vestuario. Antes de salir.

Spencer Seeman dio un manotazo en el aire.

—Sólo es una ocurrencia suya, Canton... Yo saludé en el ring a Kidd Lima y estaba completamente normal. También puede responder a eso el propio O'Hara. Infiernos, ¿vieron a Kidd Lima? Demostró ser un gran boxeador. Se movió con ligereza, bailando los pies como se debe hacer, con reflejos, seguro de la acometida... Y no falló un solo golpe... Lo cual quiere decir que tenía una vista de

lince. ¿Lo oyeron, muchachos? Y este hombre dice que en ese momento Kidd ya estaba envenenado.

—Exactamente, Seeman, pero aclaré antes que lo que iba a matar a Kidd estaba encerrado en una cápsula de gelatina... La gelatina se estaba deshaciendo poco a poco en el estómago de Kidd mientras él boxeaba. Kidd se encontraba en óptimas condiciones para ello porque su estómago estaba vacío, igual que el de todos los boxeadores momentos antes de la lucha. La atropina comenzó a pasar a su sangre al término del primer asalto. Bastó un minuto para que quedase envenenado y cuando salió a boxear ya no era el mismo hombre de antes porque estaba herido de muerte. Habría caído sin necesidad de que O'Hara lo tocara.

— ¡Maldita sea! —exclamó Max Donald—. ¿Cómo no se ha encontrado nada en su cuerpo?

—Es la mar de sencillo. La atropina se disuelve en la sangre. Es lo que provoca el colapso, pero luego desaparecen todos los vestigios. Esa es la razón por la cual ni el forense ni el doctor Vassot han encontrado nada en el cuerpo de Kidd.

Travers dio la vuelta a la mesa.

—Usted mismo ha confesado antes que era una hipótesis.

—Para mí es una certeza. Y también sé quién lo hizo. Fue cosa de Andy Pleyell, el masajista de Kidd, un retrasado mental que se vendió por dinero. Mil primero y quinientos después, aunque los quinientos le sirvieron para ganar unos cuantos miles. Pero el verdadero asesino fue el que compró a Andy. El masajista era un peligro para él desde el momento en que mi amigo y yo empezamos a tirar de la madeja. Se asustó, tuvo miedo de que Andy soltase la lengua... Por ello decidió eliminarlo. Entró en el apartamento de Pleyell y lo degolló...

Jim guardó un silencio dando unos pasos por la estancia.

—Yo sé lo que les pasa a ustedes. A ninguno le interesa dar a conocer que Kidd Lima fue asesinado. Todos tienen sumo interés en hacerlo pasar por un accidente. Usted, Travers, fue el organizador del combate. Sería una mancha para usted dar a la publicidad la clase de muerte que ha sufrido Kidd Lima. Usted, Max, era el manager de Kidd. Tiene un pasado borrascoso dentro del boxeo. Teme a la Comisión Atlética del Estado de Nueva York porque ya le

fue impuesta una sanción por sus turbios manejos en el deporte del guante... El asesinato de Kidd Lima sería para usted el golpe de gracia.

Max hundió la barbilla en el pecho.

—Sí, Jim. Tiene razón... Estoy acabado.

Jim señaló a Seeman.

—En cuanto a usted, Seeman, es el manager del ganador, de O'Hara. Pero sabe que su pupilo es sólo un boxeador discreto, uno del montón. Por un puro azar O'Hara se encuentra colocado donde está... Así es la vida. Pero usted quiere aferrar esa oportunidad como el que está pegado a una ubre y no quiere dejarla hasta haber agotado su última gota... Ahora se encuentran en la antesala de un campeonato del mundo. O'Hara ha sido el vencedor del torneo de preselección. Es casi incomprensible, pero ha sido así, y tiene la ocasión de embolsar un millón de dólares. Por nada del mundo está dispuesto a admitir que Kidd Lima fue víctima de una criminal confabulación. Eso lo echaría a perder todo, ¿verdad, Seeman? Seguro que si se supiese el verdadero resultado de ese match, O'Hara no llegaría a competir con el campeón de los pesos medios.

Seeman hizo rechinar los dientes.

— ¿Ya ha dejado de mentir, Jim? Juro que lo haré callar aunque tenga que invertir cinco mil dólares en ello.

— ¿Qué es lo que va a hacer, Seeman? ¿Enviarme matones?

—Le he dicho que estoy dispuesto a lo que sea.

Travers vino hacia ellos.

—Jim es un hombre inteligente y se da cuenta de que con su actitud no conseguirá nada práctico.

— ¿Qué se le ocurre, Travers? —dijo Canton.

—Seamos sensatos, Jim. ¿Le va a devolver usted la vida a Kidd Lima?

—No. Continuará muerto.

—He pensado en usted, ¿sabe? Estoy seguro de que hará un buen agente de publicidad para el campeonato del mundo... Es un puesto con el que están soñando en este momento miles de hombres dedicados a esa clase de negocio. Le regalaré los oídos... Tendrá un diez por ciento sobre toda la publicidad que se monte para el

campeonato. ¿Hermoso, verdad?

— ¿Quiere saber mi respuesta, Travers? Aquí la tiene. ¡No aceptaré!

— ¿Quiere que le haga un cálculo de lo que puede ganar?

—No me interesa.

—Se lo diré de todas formas. Alrededor de cincuenta mil dólares. Todos para usted, contantes y sonantes.

—No se canse, Travers.

Max Donald entornó los ojos.

— ¿Va a renunciar a cincuenta mil dólares?

—Desde luego.

— ¿Por qué?

—Se lo diré, Max. Es dinero sucio, dinero manchado con sangre de un hombre inocente, la sangre de su pupilo.

Max enrojeció súbitamente.

Susan habló desde el diván.

—Bravo, Jim.

Travers se volvió hacia ella.

— ¿Ha pedido alguien tu opinión?

—Creí que ya no quedaba un hombre sobre la tierra.

— ¿Llamas a «eso» un hombre, nena?

—Lo es.

—Te confundes. Sólo se trata de un payaso, de un tonto. El dinero es lo que importa.

—Eso creí yo también, Gregory —dijo Susan.

— ¿Por qué no cierras tu boca, dulzura? Cada vez que la abres es para decir una tontería.

— ¿Qué crees que dices tú? Miren al genio, al tipo que todo lo puede.

— ¿Sales ahora con eso?

—Siempre me has repelido. Creo que éste es un buen momento para decírtelo a la cara.

—Eliges el peor de todos. Estoy de mal humor.

—Y yo sé por qué. Porque un tipo cualquiera se ha interpuesto en tu camino y él no quiere que lo apartes de un manotazo. Hasta ahora es lo que hiciste, derribarlos con un soplo, con sólo mover el dedo...

—Te advertí antes que cerrases la boca. No me exasperes más de lo que estoy.

Max Donald dejó oír su ronca voz:

—Está bien, Jim. Ha construido toda una hipótesis y la considero razonable. Alguien pagó a Andy para que hiciese ingerir a Kidd la cápsula que contenía la atropina. Pero Andy era un tipo anormal. No puede considerarlo a él como el verdadero asesino.

—Desde luego que no.

— ¿Quién es?

Max Donald enarcó las cejas.

—Una mujer.

— ¿Una mujer?

—Sí.

Los ojos de Max Donald fueron a detenerse en la figura de Susan, que continuaba tendida en el diván, muy interesada en lo que se estaba diciendo allí.

La puerta se abrió otra vez y oyóse una voz femenina.

—Hola, pandilla.

Era Betty Murray y la acompañaba el vencedor, O'Hara. Se notaba que los dos habían bebido. Estaban muy alegres.

— ¿Qué decíais de una mujer? —inquirió Betty.

—Estábamos hablando de asesinato —repuso Jim Canton.

—Caramba, si es el simpático jovencito... ¿Dónde se dejó a su amigo? Quiero bailar twist con él... Lo hace muy mal, pero resulta gracioso.

—Tendrá que esperar a que salga de la cárcel.

— ¿La cárcel...? ¿Lo han detenido? ¿Quizá por infringir las leyes de tráfico?

—Estuvieron a punto de acusarlo de un asesinato aunque se conformaron con el cargo de robo.

—Oiga, pero ¿cuántos asesinatos se han cometido?

Travers soltó una exclamación.

—Calle un momento, Betty. Jim Canton estaba a punto de terminar su número circense. Sostiene que Kidd Lima fue asesinado y nos iba a decir el nombre de la persona que lo hizo... Una mujer.

Jim observó fijamente el bello rostro de Susan. Luego el de Betty, la amiga de O'Hara.

CAPITULO XII

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Travers.

Entró en la estancia Edith, la rubia amiga de Max Donald.

—Eh, Max, ¿tienes para mucho tiempo? Es ya muy tarde y tengo sueño.

—En seguida acabamos —dijo el hombre que había sido manager de Kidd Lima.

La rubia Edith se cubría con un traje muy ceñido, sin breteles, con mucho escote y que dejaba sus brazos al desnudo. Sobre su garganta exhibía un collar de perlas.

—No sabía que hubiesen hecho las paces —dijo Jim.

—¿Otra vez usted? —repuso Edith.

—Ande, pase. Sólo faltaba usted en la reunión.

Edith titubeó unos instantes, pero por último cerró la puerta. Levantó la barbilla mirando a Jim.

—Max me pidió perdón.

—Sin embargo, usted le dijo que se buscase otra...

—Estaba muy enfadada con él. Me gustan los hombres enteros y usted lo humilló demasiado ante mis ojos.

—Está mintiendo.

Los ojos de la rubia despidieron chispas de furia.

—Está muy acostumbrado a ofender, señor Canton. Y, por lo visto, aquí no hay ningún hombre que le impida dirigir impertinencias a una mujer.

Jim le dirigió una sonrisa.

—Es usted estupenda, Edith. ¿Intentó trabajar en el cine o en el teatro...?

—Sí, pero fracasé.

—No supieron valorar sus méritos.

—Oye, Max, no puedo soportar a este tipo. Te esperaré en mi apartamento, si es que quieres pasar por allí.

Max fue a replicar, pero Jim lo interrumpió.

—Edith, sé ya por qué usted se marchó tan aprisa del hotel, concretamente del apartamento de Max.

—No me interesa escucharle.

—Comprendo que no le interese. A nadie le gusta ser acusado de un crimen. Especialmente cuando lo ha cometido.

La joven respiró agitadamente.

—Lo demandaré, señor Canton.

—Muy bien. Puede hacerlo, pero me temo que dentro de muy poco no estará usted en condiciones de demandar a nadie.

— ¡Max! ¡No se lo consientas!

—Usted se marchó del apartamento de Max porque le interesaba alejarse del escenario donde se había cometido un crimen.

— ¿Se refiere al masajista de Kidd Lima? ¿A ese empleado de Max?

—Sí.

—No diga tonterías. Ni siquiera conocía a ese tipo.

—Quizá diga la verdad, porque no fue usted quien se puso en contacto con él para que acabase con Kidd Lima. Fue cuenta de su socio.

— ¿Qué socio?

—El tipo con el que usted tramó la muerte de Kidd.

—Solo está diciendo tonterías. ¿Cómo pueden escucharle?

—Usted degolló a Andy en la bañera. Debía llevar la navaja en el bolso. Después de dejar listo a Andy pasó al apartamento de Max... Al poco rato, llegué yo y, al verme usted, imaginó cómo estaban las cosas. Yo acababa de descubrir el cadáver de Andy. Podía sospechar de usted. También podía presentarse la policía de un momento a otro. Usted conservaba la navaja en el bolso, con sus huellas dactilares en el mango. Por ello terminó con Max de aquella forma tan intempestiva. Necesitaba salir cuanto antes de allí.

— ¡Está mintiendo!

—Pruébelo.

—Usted es el que tiene que probar que soy la asesina de Andy.

—Bastará con que la policía se deje caer por su apartamento. Es posible que allí encuentren algo importante.

— ¿El qué?

—Montañas de billetes. Miles de dólares. El beneficio de su crimen. Lo que usted y su socio cobraron por el dinero colocado en las apuestas a favor de O'Hara.

— ¡Maldito! —exclamó Edith.

Se abrió una puerta junto a la mesa de Travers.

— ¡Basta ya, Canton!

Todos se volvieron.

Philip estaba allí con una pistola en la mano.

—Ven aquí, nena.

La rubia Edith cruzó la estancia manteniéndose alejada de Jim. Este sonrió.

—De modo que era usted, ¿eh, Philip? Usted es el hombre que convenció a Andy para que hiciese ingerir a Kidd la atropina... y se encargó del asunto de las apuestas. Ella hizo su parte matando a Andy y también Edith contrató a Jeff Boolton para que se encargase de mí. Pero usted, Philip, fue quien se dejó caer por el piso de Boolton...

— ¿Ya ha terminado, maldita sea?

—Es una lástima que mi amigo Luke no identificase su voz. Pero es comprensible. Usted en el cine habló en voz baja a Andy y una voz así siempre resulta desfigurada, más ronca.

Philip rio.

—No tiene ninguna prueba, Canton. Ninguna. Está hablando por hablar. La muerte de Kidd fue completamente accidental. Murió de un colapso. A cualquiera de nosotros le puede pasar. Un doctor le hizo la autopsia y no encontró nada anormal en sus vísceras. En cuanto al dinero que ganamos con O'Hara, es legal. ¿Por qué infiernos no íbamos a apostar por O'Hara? Uno puede elegir a su favorito. Edith y yo corrimos un riesgo al colocar nuestro dinero. Teníamos una corazonada y la suerte estuvo de nuestro lado. No,

Canton. No puede hacer nada contra nosotros. Mañana mismo nos iremos a Miami. He acabado con todo esto. Ande, dígaselo a la policía y se reirán de todos sus cuentos.

— ¡Qué lástima que haya cometido un fallo! Lo vieron escapar de la casa de Jeff Boolton. Alguien estaba abriendo la puerta cuando usted bajaba la escalera. ¿Se da cuenta? No lo pagará por la muerte de Kidd sino por la de Jeff.

—Mentira.

— ¿Por qué cree que no salí en su persecución? Me quedé arriba escuchando al hombre que lo había visto...

—Tonterías. Una descripción puede referirse a muchos hombres.

—Y por añadidura está la navaja —tenía los ojos fijos en los de Edith—. Edith no se deshizo de ella. La sigue teniendo en el apartamento.

Hubo un silencio. Philip apretó los maxilares.

Edith dijo:

—No le hagas caso —pero lo dijo con voz muy débil.

—Estúpida —dijo él.

— ¡Mátalo, maldita sea!

— ¿Quieres que vayamos a la silla?

Ella se agarró al brazo de él porque empezaba a ser víctima de un ataque de histerismo.

— ¡Si no le matas tú lo haré yo! ¡Ese maldito nos ha estropeado la combinación!

— ¡No nos ha estropeado nada!

Ella dio un tirón para arrebatarse la pistola.

Jim echó a correr y saltó en el aire.

Philip logró desasirse de Edith, pero cuando lo había logrado, Jim cayó sobre él estrellándole el puño en la sien.

Los dos hombres rodaron por el suelo. La pistola estaba en la alfombra, y Edith se lanzó sobre ella, pero Susan corrió más y se apoderó del arma.

—Quieta, muñeca —le dijo—. Ya acabaste de hacer daño.

— ¿Qué venderemos ahora, Jim? —preguntó Luke.

—Nada..., al menos por unos días.

—Eh, Jim, se nos acabará pronto el dinero.

—Bueno, entonces empezaremos a preocuparnos. ¿Dormiste en la celda?

—Ni hablar. No pegué un ojo.

—Estupendo. Vete al hotel y descabeza un sueño.

— ¿Y tú? Según me has contado, tampoco has podido dormir en toda la noche.

—Dormiré luego. Antes tengo que hacer algo.

— ¿El qué?

—Verás...

—No me lo digas. Ya sé lo que es... ¡Una mujer!

Jim se echó a reír y pegó una palmada a Luke.

— ¿Cuál de ellas? —preguntó su amigo.

Jim volvió la cabeza guiñándole un ojo.

—Susan.

— ¡Miss Curvas! —dijo Luke utilizando las palabras de Tubby.

Vio a Jim introducirse en un taxi, y éste corrió por la calzada.

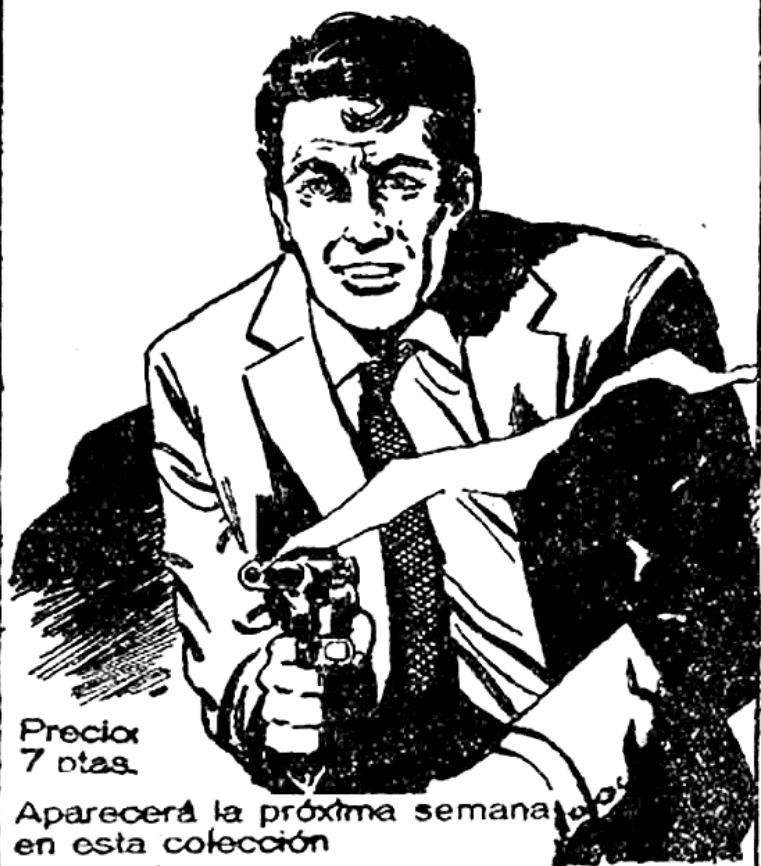
En aquel momento pasó por su lado una rubia que le dirigió una sonrisa.

Luke la miró con la boca abierta y de pronto echó a andar tras ella diciendo:

—Esta vez Jim se va a llevar una sorpresa...

FIN

Clark Carrados
A TU SALUD, ASESINO

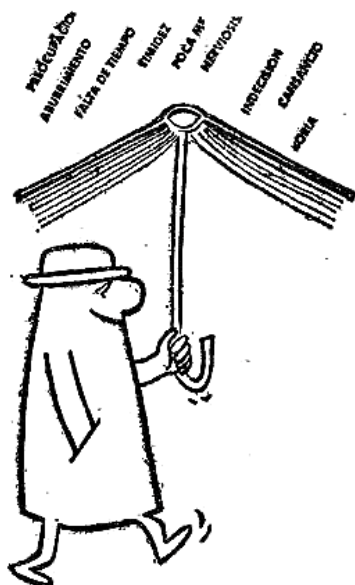


Precio
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



COLECCION
IRIS

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO
por John R. Schindler, M. D.

ARTRITIS Y SENTIDO COMUN
por Ben Dale Alexander

EL ARTE DE DESCANSAR
por Herman S. Schwartz

NUESTRO PRIMER HIJO
por el doctor Mario H. Castalla

BAILAR ES FACIL
por Arthur Murray

VIVIR MEJOR
por S. H. Halliata

VIVA EN PAZ CON SUS NERVIOS
por Walter C. Rivarez

COMO ADQUIRIR UNA SUPERMEMORIA
por Harry Loraine

INGLES PRACTICO
por Joseph M. Boards

CONVERSAR Y CONVENCER
por Grace Stuart Hulley

FECUNDACION CONTROLADA
por el doctor Merchal y O. J. de Mers

LA CLAVE DE LA GRAFOLOGIA
por Francisco Lacueva

MEDICINA POPULAR.
por el doctor D. C. Jarvis

HIPNOTISMO
por Desmond Dunne

VIVIR Y CONVIVIR
por Joseph Pech

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI

libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
licíacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
836 — Carlos de Santander
LA VIDA EN FALSO

COLEC. "MADREPERLA"
732 — Jaime Burgos
NUBE DE VERANO

COLECCION "ROSAURA"
676 — Isabel Salueña
PRISION DE MUJERES

COLECCION "AMAPOLA"
563 — Eulalia d'Elattre
PARA ELLA SOLA

COLECCION "ALONDRA"
497 — María Morgan
NO BUSCAMOS EL AMOR

COLECCION "CAMELIA"
438 — Corín Tellado
SUSANA PIENSA

COLECCION "CORAL"
121 — Corín Tellado
SU PRIMER SUSPIRO

COLECCION "CORAL"
122 — Corín Tellado
HISTORIA DE DOS
MUJERES

COLECCION "CORAL"
232 — Corín Tellado
LA CAUTIVA

COLECCION "BISONTE"
777 — Orland Garr
UN CASO ENDIABLADO

Col. "SERVICIO SECRETO"
641 — Keith Luger
CRIMEN EN EL RING

COLECCION "BUFALO"
474 — M. Lafuente Estefanía
RATAS DE SALOON

COLECCION "TEXAS"
342 — M. Lafuente Estefanía
EL RIFLE DE ORO

COLECCION "CALIFORNIA"
321 — John Lack
OPALOS FATIDICOS

COLECCION "COLORADO"
266 — A. Rolcest
EL DUELISTA SIN ROSTRO

COLECCION "KANSAS"
232 — Silver Kane
ESTRELLA NEGRA

Col. "HEROES DEL OESTE"
214 — M. Lafuente Estefanía
VENGANZA INDIA

COL. "ASES DEL OESTE"
184 — Mikky Roberts
¡PREPARA TU REVOLVER!

COLEC. "BRAVO OESTE"
96 — Alf. Regaldie
LOS ALEGRES SALVAJES

COLEC. "PUNTO ROJO"
30 — Joe Mogar
NO MATES A UN
PERIODISTA

COL. "SELEC. S. S."
8 — Jack Grey
EL MONSTRUO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Royacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Itzacelhuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.

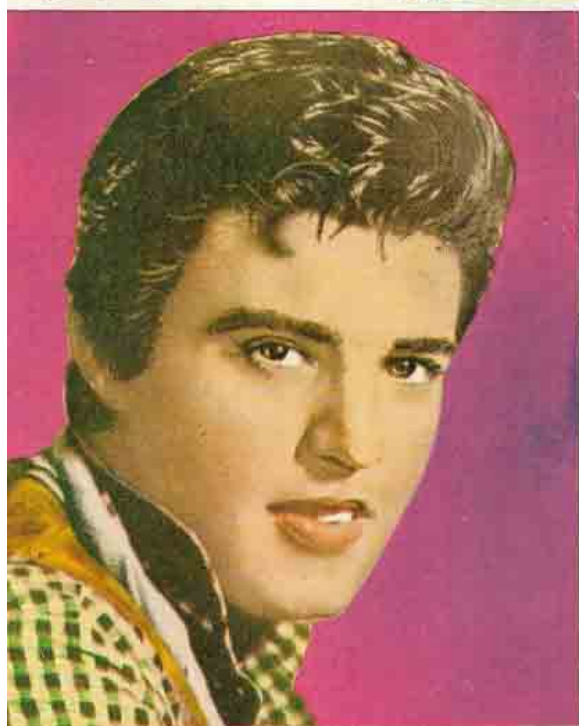
PERU: "Iris, S. A." Egon Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.

PUERTO RICO: Maffias Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 242 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



Ricky Nelson

Eric Hilliard Nelson, nació en Teaneck, Nueva Jersey, el 18 de mayo de 1940. Es un destacado intérprete de melodías modernas. Únicamente le hemos visto en nuestra patria en "Tres historias de amor" y "Río Bravo".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain